

MARIO FLORIAN

LOS MITIMAES

novela



EDICIONES POPULARES ULTRA



Novela realista. Novela social. Novela rural. LOS MITIMAES, novela laureada del poeta y escritor Mario Florián, es la odisea viva de "los trasplantados del terruño, de la sierra a la costa, y la lucha por la adaptación al nuevo medio físico y humano"

La acción heroica, épica, que narra LOS MITIMAES, "con aliento poético y aguda captación del paisaje peruano", en un lenguaje claro y vigoroso, es una de las tantas gestas anónimas que ha realizado el pueblo campesino del Perú —que realiza todavía— en la clamorosamente injusta etapa de la República.

Los actores de LOS MITIMAES muerden el polvo de la derrota en tierra ajena debido a la saña feudal de los latifundistas y sus esbirros. Se estrellan contra una realidad horrendamente inicua. Pierden la batalla. Pero sus vástagos, sus retoños, en un nuevo intento de lucha, consiguen derrotar a la injusticia. Triunfan. Ganan la guerra social. Uno de estos retoños termina llevando al pueblo campesino comunitario de la costa a la conquista de nuevas tierras —un desierto comunal—, donde el pueblo trabaja en forma cooperativa, como tomando la delantera a la Reforma Agraria.



MARIO FLORIAN



LOS MITIMAES

NOVELA

Premio Nacional de Fomento de la Cultura "Ricardo Palma", correspondiente al año de 1957

Lima, 1970



EDICIONES
POPULARES
ULTRA

CAPITULO I

EL SUAVE resplandor del crepúsculo andino se placía en proyectar, sobre la cumbre, el perfil de jinetes **emponchados** (1) y un rebaño de vacas. El camino, de polvo rubio, discurría entre agostados pajonales. De pronto, un vientecillo frío se puso a correr de sur a norte, de tal modo, que remedó la imagen de un becerro corriendo con la cola en alto. A flor de picachos se posaron varias **chinaslindas** (2), bicoloras aves, de plumaje dorado por el nimbo vesperal con que ceñía a la tierra el cielo.

Anochecía poco a poco. Finalmente anocheció. Y, casi al mismo tiempo, surgiendo de una cima, el arco tenso de la luna disparó su catarata de luz en el espacio. La claridad lunar bajó a enredarse en las astas de las reses y en las cabezas de jinetes y caballerías, iluminando, luego, la apariencia de los seres y las cosas. Empolló el paisaje. Y, ya dominadora de la bóveda celeste, ebria de inspiración, proyectó la luna, en negro de tinta, la figura de los jinetes y el rebaño.

Con presteza de añás huidizo, el camino, antes plano, súbitamente se transformó en sedero en precipicio. La bajada, en zig-zag, fue ofreciéndose colérica: rezumaba el temblor de piedras y pisadas. Se andó por ella con fragor, cansinamente. A cabo de rato, la bajada tuvo fin. De aquí a poco espacio, abrióse el cauce de una hondonada llena de árboles sombrosos, que parecía estar lamiendo los pies monumentales de peñas igualmente monumentales. Mixtura de temor, carbón y nieve,

cónclave de la soledad y el frío, era el lugar. Mugió una vaca con voz extraña, y al punto, las peñas contestaron. Mugieron muy de veras y muy largamente. El grupo, más tarde, llegó a una planicie, alumbrada, al parecer, por una florescencia de durazneros. Un corral **huacho** (3) cerca del camino, hecho de palos de **lanche** (4) y lleno de boñigas tostadas por el sol, invitó al descanso. Bien lo entendió quien el conjunto dirigía, y gritó con voz tiritando bajo su poncho:

—Catay, questá güeno aquí pa cruz de legua.

—Agua quién sabe nuabrá —respondió, con acento de duda, una mujer—.

—Déso depende pué, vamos a ver —volvió a decir el hombre—.

Y, avivando su caballería al son de las espuelas, partióse al trote hacia el extremo del aprisco, y atajó las reses. Y, en el acto, principió a explorar las afueras de aquel sitio en busca de agua. Había avanzado poco, cuando de repente se halló con un abrevadero. Aquí, hojas de lúcumas y un penetrante olor a lúcumas, salpicaban la noche. De vuelta el jinete a la majada, antes de bajarse de su bestia, gritó a pulmón batiente:

—¡Desensillen nomá!

Entonces cada cual desensilló apurado, poniendo el equipaje encima de un tronco de **pauco** (5). Sin demora, llevaron al **puquial** (6) los animales; volviéndolos después a la majada. Mientras tanto había lumbre, había fogón y había mujer: ésta guisaba la pobre meriendo en olla de barro. A corta distancia, asidas del cuello, ramoneaban las cabalgaduras; las reses, sin embargo, echadas sobre **carcas** (7), rumiaban en silencio. Congregados en torno al fogón los caminantes, probaron, en rústicos mates, la comida. La mujer y los hombres, luego, con jergas y caronas, abastecieron dos camastros: uno cerca del avío, y, otro, algo lejos de éste, en medio de grandes raíces descubiertas.

Durmióse el rebaño. Durmióse la mujer. Pero los hombres, con un ojo cerrado y el otro abierto, velaron, despiertos, el sueño de sus animales, mientras que la luna, en el cielo, corría y corría sin parar.

◆ ◆ ◆

Eran los jinetes campesinos de paso hacia la costa: el cholo Espíritu Crespo en compañía de su mujer, Candelaria Ninan, de Filemón, su hijo, niño todavía, y de dos arreadores: Nicolás Chiclayo y Patrocinio Halcón.

Chalán (8) de los buenos, Espíritu viajaba poco a pie y mucho a caballo. Y más frecuentemente se le veía jineteando una fogosa mula blanca. Era de mediana estatura. Ancho de hombres y abdomen. Fuerte. Sus manos, enormes y redondas, parecían un almácigo de venas. Su rostro, ligeramente oval, lleno de barba, era más o menos blanco. Sombreaban su frente —chácara bien surcada— algunos bucles negros y rebeldes, y el ala anterior, doblada hacia arriba, de un sombrero aludo de paja. Porque él llevaba siempre puesto **a la pedrada** (9) este sombrero. Telas de dril vestía. Y usaba poncho de lana y **llanques** (10). Pero éstas eran prendas de trabajo para el campo. Cuando él iba a la ciudad, se ponía un vestido azul de casimir, con gran reloj de plata en uno de los bolsillos del chaleco. A los **llanques** reemplazaban los zapatos, bayos y sin punta, y al sombrero de paja, otro mejor.

Candelaria, por el contrario, tenía el color del trigo en las eras. Mestiza. Más bien india que mestiza. Sus facciones eran finas e imperiosas. Lleva-

ba ropas sencillas de algodón, como todas las mujeres del lugar y sólo, en ciertas ocasiones, hacía gala de pañolón, de sombrero blanco con cinta negra, de zapatos, y de grandes aretes de oro puro. Encarnación feliz de la ancestral potencia que, para el trabajo sin reposo, tiene la mujer peruana de la sierra, ella extremaba esta potencia. Desde el amenecer hasta la noche oscura padecía, a modo de una esclava, en labores del campo y la casa. Además, escarmenaba lana, teñía madejas, montaba a caballo, tejía ponchos y alforjas, **laceaba** (11) el ganado, **cecinaba** (12) la carne: ¡valía por hombre y medio! Pastoreando, andaba hilando. Iba dondequiera con sus **llanques** y su rueca, **quipichada** (13) de leña y gravedad. Alcanzada la edad madura, cuanto más encogida con los extraños, tanto más inflamable con los propios. Como era de índole explosiva, y, como suele decirse, sin **pelos en la lengua**, la apodaron de **Ña Candela** sus vecinos. Ciertamente: ¡candela oscura en el trabajo heroico! ¡Era puntual el mote!

Filemón, el chico, era el segundo vástago de la familia. (El primogénito, a la sazón, estudiaba en Cajamarca).

• • •

Muy de madrugada, luego de probar una copa de aguardiente y **caldo de chochoca** (14), Ña Candela y Filemón montaron sus caballos y Espíritu su mula blanca, mientras que Nicolás y Patrocinio, a cargo de dos asnos, sacaron los animales del corral. Y, al instante, partieron todos: el hato siempre a la cabeza. No habían andado mucho, cuando el sol principió a dorar el panorama. A influjo de este sol, evocando a lo vivo su querencia, se detuvieron las vacas a mugir: tristemente mugían volviendo las cabezas. Las castigaron entonces los arreadores con sus lazos, haciéndolas marchar contra su gana. Se callaron, al fin. Pero, suspensa del lloro de sus vacas, Ña Candela prorrumpió en sollozos lastimeros. Ella también calló más tarde, y su faz se pareció al cielo limpio de los Andes después de fuerte lluvia.

El sol, entretanto, refulgía.

Llegaron a la cúspide de un cerro.

Desde aquí se divisaba un nuevo panorama.

Y, una y otra vez, fueron por un camino de cabras.

Bajaron y subieron, a la luz de un sol que reverberaba en peñas como cortadas a bisel.

Al llegar a una quebrada con agua, llena de pasto en las orillas y oculta totalmente de las cimas, se detuvieron los hombres y las bestias. Y todos se echaron a beber de la misma fuente. Luego, los animales fueron a la hierba, y los viajeros a la sombra de un **higuerón** (15) frondoso. Y aquí, alimentando el fuego con palos secos, preparó el almuerzo la mujer: **arroz de trigo y charqui** (16). Descansaron un tiempo. Y salieron después, al toque plúmbeo de la tarde.

Caminos inmensos que llevan a la costa.. ¡Arrastraderos de eternidad para el viaje de la eternidad. ! Pero el hombre de los Andes se atreve a dominarlos. Los anda y los desanda. ¡Es andador porque desde siempre es andador!

Ahí no más, volteando un recodo estrecho, topó el grupo un arriero que venía subiendo, jinete en su pollino, tras otros dos pollinos cargados con barriles. Encarándolo, le preguntó Espíritu:

—Upe, mi amigo, ¿dónde güeno?

—De la playa, señor. ¿Y usté, ónde se va tan aviao?, —replicó el arriero—.

—Al valle, amigo, al valle.

Se separaron. Aire de polvo flotaba en el aire. Nube sutil, la polvareda llenaba de bote a bote el panorama.

Más adelante, descubrieron árboles extraños. **Espinos y pates** (17). También hallaron unas aves negras, moteadas de nácar, raras, de voces más raras todavía.

Tocaban ya la cumbre de un altozano los viajeros, cuando, heridos por un resol distante, quedáronse atónitos y cegados. Pero volviendo en sí Espíritu, y columbrándolo atentamente, explicó en seguida:

—Brillo es nomá del río puel sol diatardecer... ¡Catay, aquél es dizqué el Río Jequetepeque!

¡Sí, aquél era el Río Jequetepeque, el cual, transformado en plata por la luz vesperal, se iba a la costa lentamente!

Continuaron la marcha mudos. De súbito, inexplicablemente enardecido, comenzó Espíritu a tararear una canción:

De la sierra vengo
a mula fletada;
me voy a la costa,
la tierra mentada.

Fue una canción sin eco pero animosa.

De tal manera yendo los jinetes, los sorprendió la noche y la música silvestre de los grillos. La sed los devoraba, y el lugar estaba seco. Y, cansados, decidieron dormir en el camino. Ahí no más, esplendió la luna. Oíase el silencio. Oíase el encanto de la noche. Mas de pronto los asnos rebuznaron. Vibró el paisaje entonces. Y la luna se ocultó como asustada.

* * *

Al primer indicio del alba, volvieron a partir los viajeros.

Transitaron, al poco tiempo, por tierras ardientes, **yungas** (18).

Piedras y peñascos.

Y el camino siempre por los cerros, pero siempre paralelo al río.

Vegetación átona, aquí.

Mosquitos. Lagartijas.

Cactos en todas partes.

¡La tierra simulaba estar tísica de sed!

• • •

Por fin, luego de varios días y noches de viaje, llegaron los viajeros a la costa. Hallaron la vía del tren, y a poca distancia, el río, el musical Jequetepeque, en cuyas aguas se abrevaron hombres y animales.

Colinas. Ardor. Y arena.

Arena brillante como el oro.

Llegar el grupo a la hacienda **Tolón,** de rancherías bajas y una sola casa principal, y ser del asombro presa todo fue uno. Poniéndose delante del rebaño un chino viejo, gritó gangosamente:

—¿Quién eté ganao tlayendo?

—Yo —respondió Espíritu—.

(Su voz briosa olía a sierra).

—Tú a la hacienda pagao uno sol pol cabeza —manifestó el anciano—.

—Sinuay derecho, oiga; de naide es el camino —argumentó el serrano—.

—Aquí —gritó, más persuasivo el cobrador, pagao peaje todos; bueno, tú pagao uno mitá'e sol, ya etá—.

Midió Espíritu, mentalmente, el tamaño del abuso, pero sacó de su bolsillo las monedas necesarias y las tiró a la cara del vejete.

El viaje continuó. Metióse después el grupo en un callejón de chilcas y pacaes. Y, luego, más allá, a campo traviesa andando, descubrieron **El Pitura,**

monte impávido y gigante, auténtico balcón de la llanura. Su fama narró Espíritu:

—Este cerro, disqué, un tren se comió con gente y todo.

Más adelante, hallaron chacras de algodón, alfalfa y maíz. Hallaron, en ambos lados del camino, molles y **zapotes** (18), y casas de caña y barro.

Viendo pasar el conjunto andino, comentó un zambo corpulento desde la puerta de su choza:

—¡Ya yegó la yuvia de paisanos!

Y el grupo, sin dar importancia a la invectiva del costeño, se pasó de largo.

Aparecieron, luego, médanos con algarrobos y **peales** (19), y vientos jugando con la arena.

Frescor. Sabor a emanación salina, a pez.

Y a **Farfán**, la meta del viaje, llegaron hombres y animales.

---

(1) **Emponchados.**— Envueltos en ponchos.
(2) **Chinaslindas.**— Aves de plumaje negro y blanco.
(3) **Huacho.**— Arboles silvestres de fruto dulce.
(4) **Lanche.**— Abandonado, solo.
(5) **Pauco.**— Arbol silvestre.
(6) **Puquial.**— Ojo de agua, manantial.
(7) **Carcas.**— Boñigas secas.
(8) **Chalán.**— Jinete, domador de potros.
(9) **A la pedrada.**— Modo de ponerse el sombrero con el ala delantera levantada.
(10) **Llanques.**— Especie de sandalias.
(11) **Laceaba.**— Enlazaba.
(12) **Cecinaba.**— Asesinaba.
(13) **Quipichada.**— Llevando un peso en la espalda.
(14) **Caldo de chochoca.**— Sopa de harina de maíz seco.
(15) **Higuerón.**— Arbol espeso de los lugares húmedos.
(16) Platos típicos andinos.
(17) **Espinos y pates.**— Arboles de lugares templados.
(18) **Yungas.**— Tierras calientes.
(18) **Zapotes.**— Arboles costeños de frutos amargos.
(19) **Peales.**— Plantas espinosas y salvajes.

CAPITULO II

Toro negro, toro bayo,
torito de dos colores;
no me embistas con tus astas,
embiste con tus amores.

ESTA canción montés cantaba Espíritu una mañana de sol lampiño y firmamento azul, bajando, casi a gatas, por un camino de cumbre. Con razón o sin razón, bajaba alegre. La oreja humana de los montes y el labio niño del espacio, más veloces que culebra, cogieron al vuelo la canción, la cual, idéntica a gorjeo, azucaraba el panorama.

De pronto enmudeció el cantor. Y llegando a un pináculo de roca, que los lugareños llaman **Piedra del Halcón o Huamanrumi**, contuvo el paso raudo, como si alguien le hubiera dicho: ¡párate!

Eran quizás la luz, el panorama, la belleza en flor del día, que le invitaron al descanso. La verdad es que Espíritu sintió un afán enorme de subir a la **Piedra del Halcón**, y, en ésta, se sentó a mirar la grata vista. Su poncho matinal y su escopeta de dos cañones —¡él iba armado siempre!—, los colocó a su lado, entre el dorado musgo de la piedra. Y desató sus ojos por doquier. Miró. Remiró el paisaje de hito en hito. Columbró los horizontes. Contempló la tierra, el cielo, los sembrados. Su voluptuosidad de mirarlo todo no tuvo entonces límite: bajo la claridad de la hora, como una aguja de fuego, su ojo sutil de puma, picó y punzó hasta la escarcha fría de la noche.

Un sol de panal rubio batía ya sus alas de leve ardor en el espacio, cuando Espíritu, a guisa de perezoso, se acostó a lo largo de la piedra, como si lo hiciera en su propia barbacoa. Con el semblante vuelto al cielo, se puso a descifrar el cielo. No descifró nada sin embargo, sino que se puso a pensar en muchas cosas. Pensó, por ejemplo, en el destino humano, en su destino. ¡En la vecindad de su viaje!. Y pensando en su viaje, la flor y la rama de un sentimiento de amor filial a su sitio, a su dulce guarida de animal, le acongojaron de repente. El pensamiento de abandonar su tierra dentro de poco, sin que nadie a ello le obligara, le hizo sentir un muy buen cuchillo en su corazón macizo. Ahí no más, con rapidez, se serenó: él no era un hombre de quebrantos.

—Voy a dejar mi tierra por mi mejoría —se dijo mentalmente—. En la costa seré otro. Haré plata como el Téodulo Roncal, como el Samuel Guarniz, como tantos, quienes, aquí, sólo vivían con sus papas pirca pirca y sus cuyes pata pata, dando pena.

Y suspiró contento.

Esto se decía Espíritu, cuando apareció en el cielo, ceñido de rumor lento, un cóndor formidable, no negro y de nevado cuello, sino de color rojizo unánime. ¡Un marcial cóndor **paco!** (1). Con las alas extendidas, calmosamente, principió a enhebrar los horizontes. Sintiendo su presencia, como por golpe de milagro, la tierra, el animal, la vida, palpitaron, cobardes, con pecho de paloma. Agrandó sus ojos Espíritu para acechar mejor el susto que infundía el ave carnicera, y exclamó en silencio:

—¡Jesús, con el cóndor! Hace temblar a todos. ¡Come terneros, ladrunazo, te jueras a tu peña!

Y con la cara fija en el cielo, echado a la muerto, quieto como un cadáver, continuó mirando el espacioso vuelo del cóndor.

El ave colosal siguió vuela que vuela. Y el hombre pensó infatuadamente:

—Cóndor me'e sentío siempre, no chisco ni zorzal. Me siento cóndor hoy. Con mis alas de cóndor macho, bajaré pronto a la costa, al valle. ¡Uy! Este cóndor cuando quiere se baja al mar a recoger pescao. ¡Yo también bajaré dasdás desde mis cerros! ¡Ya volaré comueste cóndor! ¡Ya comeré pescao!.

Esto fantaseaba Espíritu, cuando el ave comenzó a revelar sus secretas intenciones: le había echado el ojo a él, creyéndole difunto, y ansiaba devorarle. Describiendo pequeños círculos en el aire, inquieto sobremanera, trocó la gracia de su vuelo majestuoso en mortal vuelo cernido. Como daba la impresión de estar inmóvil en el aire, y escandalosamente próximo, Espíritu pudo observar muy bien el largor de sus alas musicales, el color herrumbroso de su pecho, el gancho carnicero de su pico, y sus ojos, ¡sus ojos!: dos **guayruros** (2) rojísimos, diabólicos.

—¡Qué tal intención de bruto!, —dijo para sí el serrano—.

Y montó en cólera en seguida. Siendo él de suyo previsor, dejó que el ave de presa le siguiera tomando por cadáver. Y hasta cerró los ojos brevemente: se hizo el muerto al modo de **ismailungo** (3). Mas, con movimiento imperceptible, fue buscando el gatillo de su escopeta con las manos;

al cabo de un rato, con el cañón del arma levantado, disparó al cóndor ofensivo.

Con la rapidez que baja una centella, con la velocidad que llega un rayo, y, al mismo tiempo, con el fragor épico de un trueno, la nave astral del cóndor descendió en picada hacia la profundidad situada al pie del **Huamanrumi**... Como una exhalación, vuelto un sonido agudo, cayó en la sima ilimitada.

Espíritu, de pie, veía caer el ave herida y detonante, cuando miró también algo terrible: un jinete era lanzado al suelo por su mula. Bajó entonces a prisa del **Huamanrumi,** llegó al hombre de la acémila, y le halló gimoteando a causa de la rotura de sus huesos. Se trataba de un mercachifle rural de Catacaos, quien, distraídamente, sobre el asiento de su mula, subía la cuesta del lugar cansinamente. Se explicó de esta manera el mercachifle:

—Al pasar ese cóndor casi botándome el sombrero, rompió a corcovear mi mula, a bufar y correr como una loca, dando conmigo encima de estas piedras. ¡No puedo, oiga, dar un paso! ¿Está lejos el pueblo?

Sacudido interiormente, calado de compasión hasta los huesos, Espíritu, formal y pensativo, se consagró a prestar ayuda al **catacaos** (5) herido. Fue a sujetar la bestia escurridiza, la cual resoplaba aún con furia, mas se olvidó de bajar hasta el hondón en busca del cadáver del cóndor **paco.**

Y al punto, descolorido por la impresión del accidente, dijo para su capote:

—Yo nunca hey sido cóndor, menos el que aura'a cáido. Yo soy Espíritu nomá. Espíritu Santos Crespo... ¡Ojalá que San Hilarión, el Patrón de Coribamba, me libre de volar así a la costa!...

◆ ◆ ◆

Esto ocurrió apenas unos días antes de que Espíritu y su mujer, con todo su ganado, salieran para el mar.

---

(1) **Cóndor paco.**— Cóndor rojizo.
(2) **Guayruros.**— Semillas rojas, dotadas, según se cree, de poder mágico.
(3) **Ismailungo.**— Escarabajo pelotero, que, ante el peligro, se hace el muerto.
(4) **Catacaos.**— Mercachifle costeño.

CAPITULO III

EN la hora de acollar sembrados, al término de la lluvia, sucede algunas veces que el **aporcador** (1) andino, un joven por ejemplo, saca con su hierro, una planta de maíz. Si su azada no cortó la raigambre del maíz adolescente, ahí no más el mozo labrador se apresura a devolver a la tierra generosa la planta arrebatada. Y el maíz, vuelto a **sembrar**, con el auxilio de la tierra y la humedad, torna a vivir penosamente. Ocurre otras veces, sin embargo, que soles de culebra pican sañudamente al maíz trasplantado, y, éste, con las hojas chamuscadas, se muere al poco tiempo, entre una música de plantas.

Maíces trasplantados en surcos ardientes de la costa se sientieron, al poco tiempo de llegar, Espíritu y su mujer. Horrible le pareció a ella el poblacho terroso de Farfán; abominable su contorno, y, en suma, todo su panorama. Farfán, la flamante presencia de la costa, no sólo dieron pábulo a la pena de los serranos, sino que, de golpe, hicieron brotar en sus almas una sensación permanente de abandono, de orfandad. Se creyeron entonces solos en el mundo, huéspedes de una tierra exótica y lejana. Se sintieron como caídos en el fondo de un pozo del cual no se podía salir nunca.

Y la mujer principió a preguntarse mentalmente y a decirlo con ojos de tristeza:

—¿Pa' qué me vendría de mi tierra?

Y el hombre, por su parte, argüía para sí:

—¡Venimos pa' acer plata!

Lo que Espíritu decía era verdad. Yopadón, su terruño de los Andes, tenía valles y laderas, rebaños y sembrados. Su clima era excelente. Los habitantes eran muchos. Muchísimas las chacras. Pera había pobreza en el lugar. Las chacras eran de poca extensión, a veces de una hectárea, sin tierra vegetal, improductivas; hacía siglos y milenios que el hombre las sembraba. Y a causa de la acción del viento, de la lluvia, y de la falta de fertilizantes, la chacras sólo hacían madurar unas plantas pegadas a la tierra, enjutas. Además, no se morían los niños como en las aldeas de la costa: el buen clima les guardaba de la muerte, criándolos fuertes como becerros. Todos llegaban hasta la vejez. Por consiguiente, Yopadón era una especie de vivero humano. Y él no producía alimentos para tantos. Así es que las familias más menesterosas viajaban al Valle de Chicama, al mar. Cada año viajaban. Y cuando volvían, volvían con ropas nuevas y palanganas. Y aunque Espíritu poseía varias chacras y un potrero en Yopadón (las chacras, bajo riego, en las hoyadas; el potrero, sin riego, en las alturas) fue sensible a la lección de quienes se iban a la costa a progresar rápidamente.

—¡Aquí se trabaja como burros!— solía gritar muchas veces. ¿Y cuál es la utilidá? Vender unos animalitos cada año. ., granos, niagamos cuenta granos, ¡pa' lolla nomá dan!

Y Ña Candela, siempre ocupada en sus trabajos, no le replicaba nada.

Y el hombre proseguía:

—En el valle sí que es güeno trabajar. Ahí se gana plata. Y con plata, Candelaria, haremos edu-

caos a nuestros hijos.

En el andar rápido del tiempo, muy de veras convencida Ña Candela de la ventaja de vivir en la costa y no en la sierra, como decía su marido, de mal o buen agrado, se declaró partidaria del viaje. Y antes de salir a la costa, la familia vendió sus chacras regadías y la mayor parte de sus animales. El hogar enajenó hasta las ollas. No se deshizo, sin embargo, del potrero de las alturas porque Ña Candela argumentó:

—Si nos va mal, volveremos a **El Potrero.** Déjémolo arrendao.

Con el dinero de las ventas, Espíritu descendió a la costa, y, tras muchos topetones, compró en el poblacho de Farfán, situado en el valle de Pacatnamú, dos posesiones dilatadas: una huerta con árboles frutales, **La Culebra,** y un campo de cultivo, **El Espinal.**

◆ ◆ ◆

El tenaz remordimiento de haber dejado las montañas se desvaneció súbitamente en Ña Candela, cuando, casi al anochecer de un día domingo, llegaron, en el viejo **tren de sierra,** Jerónima y Dolores, sus menores hijas, quienes se habían quedado en Yopadón.

Abrazando a las pequeñas, Ña Candela lloró —más de placer que de amargura—, ante los ojos de la gente.

Entonces Espíritu se apresuró a ordenar:

—¡Ya está güeno, Candelaria! ¡Vamos a la casa!

(1) **Aporcador.**— El que cubre con tierra el tallo de las plantas deshierbadas

CAPITULO IV

MOSTRANDO humildad, con peculiar acento de serrano, Espíritu, cada vez que la ocasión se le ofrecía, hablaba con los oriundos de Farfán, quienes, con raras excepciones, eran de piel cobriza. Aunque llamábanse **criollos** a sí mismo los costeños, no eran blancos sino indios, zambos y mulatos. Así, por ejemplo, los Chaihuaques, considerados principales a causa de poseer más yugadas de terreno que cualquier otro campesino, tenían la color más de aceituna que de bronce; y, cuando pasaban en sus caballos galopantes, de sus piernas, siempre en cueros, salía un centelleo negro-azul oliendo a negro. Los Islas, los Poémapes y los Guanilos; los Ulfes, los Chamochumbis y los Costillas; los Aceros y los Cedazos; los Asnaranes y los Chafloques; los Chiroques y los Bereches, los Tufas y los Malones —dueños de chacras unos, **piones** o jornaleros otros— todos eran hombres parecidísimos a **huacos** (1) Eran descendientes de los viejos **chimúes** (2) labriegos, cosa que ellos no sabían, y tal vez, de saberlo, les hubiera importado poco. Lo que sí sabían ellos, lo que sí sentían en carne propia, era la superioridad del costeño sobre el serrano: pues, según su entendimiento, el hombre de la sierra vivía siempre muerto de hambre y en estado salvaje de animal.

Dolióse mucho, Espíritu, al descubrir que los costeños, hasta los más vulgares, querían tomarle el pelo. Cuál más cuál menos, todos eran unos **fregaos** (3). Y entonces él raciocinó:

—Yo vine a trabajar tranquilo. Nua que naides

me'che indirectas, ni me llame paisa ni paisano. ¡Carajo!, si esta gente se cree valer mucho; miraran primero su cara de bollo en el espejo. ¡Ya quisieran ser hombres como yo! ¡Jajailas! ¡Flojos costeños nomiarán correr! ¿Costeños? ¡Lagartijas son estos costeños! ¡Cañanes de la arena!

Razonaba así el serrano en la puerta de su casa un día, cuando pasó a su lado Melchor Condeso, un joven farfaneño, quien se apresuró a decirle:

—¿Quiacé parao don Crespo? ¡Vamos a mete le un poto de chicha dihombres, con cebiche de bonito, questán comuel ajo en casa de doña Reque!

—El domingo mejor, ño Melcho— respondió él—.

—No sea tan amarrete, paisa— objetó, de mal humor, Condeso, amigo ya de Espíritu—, y se alejó abriendo huecos en la arena con la violencia de sus pies desnudos.

◆ ◆ ◆

Al poco tiempo de las meditaciones de Espíritu, un grupo de costeños principales —el agente municipal, don Pepe Luis Caihuaque, el teniente-gobernador, don Joel Pairazamán, y otras autoridades— llamó desde la tranca del bohío a los **paisanos:**

—¡Señoráp!... ¡Señoráp!

—Lléguense, caballeros —les contestó, con voz arisca, Ña Candela—.

Y las cabezas visibles de Farfán, graves como difuntos, le dijeron a Espíritu que habían venido a hacer un trato con él, el cual resultaría provechoso para todos los vecinos.. "Como los médanos —explicaron— han tapado una parte del camino entre Farfán y Puerto Chimo, la Capital del Vaye, justamente en las ajueras de El Espinal, hemos pensao abrir un cayejón por el centro de su chacra, el que iría a dar en el camino del desierto; y en recompensa, le daremos el monte de algarrobos que defiende su chacra de la arena". "Este monte, como todos, y el mesmo arenal hasta Jatanca, son de la comunidá"— recalcaron las autoridades, al fin de su visita—.

—Lo voy a pensar, señores; mañana arreglaremos —contestó el serrano—.

Y la familia andina, temiendo enemistarse con los costeños, resolvió esa misma noche aceptar las condiciones del negocio.

Llegado el nuevo día, Espíritu y los costeños principales hicieron una **escritura pública:** papel simple que también rubricaron algunos testigos pobres. Huellas de lagartijas en la arena, pisadas de gallinas en el barro, fingieron las firmas de autoridades y testigos; la firma de Espíritu, más fogosa, semejó la trayectoria audaz de un río.

Y entonces hubo amistad entre costeños y serranos. Los de la costa hicieron traer botellas de aguardiente y **chicha de hombres** (4), cebiche de camarones de la acequia y **causa negra** (5) de las mejores **chicherías.** Y Espíritu le ordenó a su mujer que mate su gallina ponedora. Y todos, así, libres de prejuicios y ventajas, comieron y tomaron como amigos de hace tiempo.

Por la noche, en el momento que Espíritu guardaba su **escritura** en su caja de eucalipto, deleitose en monologar de esta manera:

—¡Aura recién hallé paz! ¡Aura puedo vivir tranquilo!

(1) **Huacos.**— Figuras antiguas de cerámica.
(2) **Chimú es.**— Antiguos habitantes de la costa norteña
(3) **Fregaos.**— Fastidiosos.
(4) **Chicha de hombres.**— Chicha fuerte.
(5) **Causa negra.**— Potaje de papa amasada y pescado.

CAPITULO V

CUALESQUIERA fueran las circunstancias de la lucha por la vida en Farfán, Espíritu sintió que ya echaba raíces en la costa. Miró el lugar con menos desagrado que antes. En realidad, no era tan feo el caserío. Se parecía, por lo largo, a una iguana color tierra, a una lagartija semidormida bajo los grandes algarrobos. Las casas, que los costeños llaman **ranchos**, eran casi siempre de dos habitaciones, con paredes de caña brava y techo de barro o **torta**. Sin embargo, existían viviendas hechas de adobe, enlucidas con cal muerta las paredes: las de todos los Chaihuaques; la de Miguel Asián, el más rico comerciante, alias **El Injerto**, chino-cholo natural de Piura; la de don Pancracio Pilco, viejo cajamarquino, la cual tenía junto una **capilla** para el culto de **la Cruz de los Obreros**; la de doña Anselma Pimentel, mujer de aspecto marimacho, casi hombre, llegada cuando niña de Namora; y, por último, el templo de los **Evangelistas del Séptimo Día**, labiosos forasteros que habían logrado atraer a su secta a muchos lugareños. La casa de Espíritu, situada en el extremo occidental del caserío, era de barro y caña: de aquí partía todos los domingos a la plaza polvorienta a gustar un **claro** (1) en alguna de las muchas chicherías, casi siempre en compañía de Melchor Condeso y otros amigos de la sierra. Porque en Farfán abundaban los serranos, quienes, sin poseer la más pequeña propiedad rural, vivían del esfuerzo de sus manos como cultivadores del

arroz. Y, naturalmente, no pasaban hambres como en su tierra: muchos, tenían hasta casa propia. Y es que, en el sitio, cualquier nativo o forastero, con una simple autorización de don Pepe Luis Chaihuaque, podía edificar su choza. Y Farfán no se decía a sí mismo **caserío** sino **comunidad**: y se decía así porque los bosques de la dunas, el despoblado del Oeste y la tierra **urbana** eran comunes. La fértil campiña, empero, situada en el Sudeste, era propiedad privada de muy pocos.

Los campos de cultivo de Farfán eran como la punta de un cuchillo que amenazaba introducirse en el desierto. Hasta tales campos, península de un mar de arena, llegaba dificultosamente el agua de la Acequia Madre. Más allá, comenzaba el suelo eriazo. Por esta razón, tal vez, por hallarse Farfán tan al alcance de los médanos, los **latifundistas** no lo quisieron nunca para sí. Ellos tenían tierras de fácil regadío.

Las ricas haciendas dilatadas quedaban hacia el Noreste, a corta distancia del Río Jequetepeque. Y eran tres las haciendas especiosas: **Huabal**, la más pequeña, que deslindaba con los campos farfaneños; **Chimocapa**, enorme, que limitaba con el desierto comunal; y **Tolón**, incalculable, fecundizada por el Río, que no tenía raya alguna con Farfán. La primera, **Huabal**, era posesión de un gran señor de Puerto Chimo, don Marcelino Vértiz, quien nunca se hacía presente en su heredad, la que estaba confiada a un administrador. Según los viejos referían, esta hacienda, hasta ayer no más dedicada al cultivo de la caña de azúcar y la vid, y, luego, al exclusivo del arroz, siempre fue de la familia Vértiz. Don Marcelino, alto y rubicundo, había heredado el **latifundio** de sus mayo-

res. Contaron a Espíritu que Chimocapa también había sido de una familia principal, de apellido Manzanares, pero que a causa de llevarse mal los herederos, la habían arrendando a don Felipe Fu Ching, natural de la China. Espíritu había conocido algunas haciendas ricas en la sierra, pero delante de Chimocapa resultaban viles. ¡Para haciendas, Chimocapa! Producía toda clase de plantas útiles, siendo el arroz y el algodón las principales. Tenía bosques de algarrobos, y lagunas en los bosques. Sus hatos de vacas y caballos eran incontables. ¡Y, sobre todo, era una hacienda con agua en abundancia! Con palabras de admiración, los costeños le decían al serrano:

—Ya nues de Manzanares Chimocapa. Don Felipe ya es dueño. El chino es el mayor accionista de la hacienda. Uno quiotro blanco no más ya tiene acciones.

De la hacienda Tolón, que estaba lejos de Farfán, más allá de Chimocapa, sombreada en uno de sus lados, por donde sale el sol, por los primeros contrafuertes de los Andes, Espíritu sabía poco. Sabía únicamente que en ella se cultivaba arroz y caña dulce, que en ella se cobraba el derecho de camino, y que sus dueños eran chinos.

De allí a poco, Espíritu llegó a sentir el tábano de una idea fija en su cerebro y a preguntarse mucho:

—¿Pa'qué, pues, catay, son chinos los hacendados, y no los señores blancos de la costa? ¿Por qué nues como en Cajamarca? Allí los hacendados, que les dicen gamonales, son peruanos toditos, juera del gringo Cruge y el gringo Ueis... ¿Siabrán muerto los caballeros de la costa? ¿O serán amujeraos, flojotes...? ¡Dejuro que no les gusta trabajar! ¿Tendrán tanta pereza estos señores...?



Cierto día, Espíritu se fue a comprar arroz pilado en el **bazar** de Chimocapa, y al acercarse a los más grandes edificios, se encabritó su mula blanca, horrorizada del estrépito que hacía el ingenio de pilar arroz, y casi lo bota de la silla. Pegado a la montura, el jinete sermoneó a su mula:

—¡No te coma ese motor, animal zonzo!

Y antes de entrar a las tiendas por el arroz pilado, con su alforja sobre el hombro, se puso a observar los almacenes, el ingenio escandaloso, los cerros de cáscara de arroz, la casa-hacienda, los cuartos de peones, y, por fin, a todos y a cada uno de los chinos, hacendados y ayudantes. Después de conocerlo y valorarlo todo, en el preciso instante que acomodaba la alforja de arroz pilado en el asiento de su mula, se le escapó de la garganta este clamor:

—¡Atatay, qué chinos feos!

(1) Claro.— Chicha sin dulce.

CAPITULO VI

REUNIDOS todos los hombres aptos para el trabajo comunal, en menos de una semana, abrieron una camino por el centro de El Espinal, el cual, para muchos, fingió la imagen de un puñal cortando una naranja en dos mitades. Con su palana colaboró Espíritu, quien, al poco tiempo, con ramas sobrepuestas de algarrobo, levantó, en ambos lados de la ruta, cercas de buena altura. Desde entonces, hombres y animales, transitaron sin dificultad alguna a Puerto Chimo.

Ahí no más, el serrano principió a vallar también su **monte**, el que, como se ha dicho, por el lado del Oeste, separaba a El Espinal de la sabana seca. Y el hombre sintió tener raíces de árbol centenario. Y un sentimiento interior no cesaba de repetirle este discurso:

—Cercas lo que es tuyo, Espíritu. Aura no sólo tienes chacras donde sembrar arroz y criar tus animales, tienes también un **monte** de algarrobos. ¡Te felicito, amigo!...

◆ ◆ ◆

Pasaron varios meses.

Y una tarde de verano, casi al anochecer, Espíritu le suplicó a Emeterio Niño, natural de Shimbil, amigo suyo:

—Se quedará mañana cuidando mis animales; me voy con la jamilia a ver el puerto.

Y Ña Candela, por su parte, le habló a la esposa de Emeterio, Susana Cruz, más conocida por **La Colorada**, mujer rubia y buenamoza, quien, leal a las costumbres de su tierra, no se sacaba nunca los llanques de los pies:

—¡Cuídeme la casa, curiosita!

Y al rayar el alba del nuevo día, Espíritu, Ña Candela, y sus hijos, jineteando sus caballos, por la ruta del desierto, partieron a la ciudad.

A Puerto Chimo llegaron tarde. Contemplaron, alelados, el malecón, los parques, los bazares. Luego, se fueron a descansar en un extremo de la playa próxima. Y Ña Candela, entonces, mientras mojaba sus manos en la arena que acababa de empapar la última ola, exclamó, disparando el poder de sus ojos al horizonte acuoso:

—¡Achichín el agual! ¡Me he mariado ya!. ¡Me da güeltas la cabeza!

Volvió a poco espacio la ola, y, los serranos, asustados, se echaron a correr un trecho; mas cuando la resaca se hubo calmado, Dolores, la shulca [1], hizo un hueco en la arena: tomó de él un poco de agua en sus dos manos, y se la bebió de un sorbo:

—¡Pica! —exclamó—, y se puso a sollozar.

(1) **Shulca**.— La hermana menor.

CAPITULO VII

LOS costeños ricos cultivaban árboles frutale y una buena cantidad de plantas comestibles e sus huertos. Barreta o lampa al hombro, el agri cultor vivía saturado de olor a limoneros y del tu fo sensual a surco. Sus huertos exhibían naranjo y mameyes, ciruelos, limas y palillos, guabos cansabocas, lúcumas y paltos. Estos árboles era plantaciones de los lindes, porque en el centro d los vergeles se cultivaba la yuca y el camote, l caña dulce y el zapallo, el maíz y las legumbres.. ¡Para qué seguir la descripción! . ¡Para qué de cir nada de las hortalizas, ni del algodón —el qu fingiendo ser vegetal, produce una lana blanca d cordero—... La mayor parte de los huertos se ha llaban situados alrededor del caserío, junto a l Acequia Madre. Las chacras, en cambio, estaba lejos de la Acequia. En éstas, los costeños sembra ban legumbres. Y trigo. Y, más que trigo, arroz ¡El fabuloso arroz!

Pero no sólo a la siembra se dedicaban los ha bitantes de Farfán; también criaban caballos, va cas, mulas y borregas. Criaban animales en lo rastrojos de las chacras y en los bosques del de sierto comunal. Y en los bosques, nutridos de a garroba, los hatos chispeaban de gordura y de p tencias capitales. El campesino más humilde er dueño de una cabra o un jumento. Y, todos, as mismo, terratenientes y calatos, tenían animale de la casa: chanchos, gallinas, patos y conejos.

¡Así vivían los hombres de este lugar exiguo de la Costa! Unos, los **patrones,** despilfarrando en fiestas religiosas y privadas, los beneficios de sus siembras y sus reses; otros, los **piones,** gastando su jornal en borracheras. Había que verlos los días domingos y feriados: serranos y costeños llevaban puestos ternos de casimir, zapatos, corbata, y camisas de seda o nylon. A veces, en la plaza del poblacho, los jóvenes jugaban fútbol. Entonces los dulceros vendían sus pasteles a manos llenas. Y la sed de todos era apagada con cerveza, chicha o aguardiente. Los días feriados, además, en el va**gón de la provincia,** mucha gente viajaba a Puerto Chimo, y también, a Nec, ciudad populosa, situada en el Oriente, donde mercaban provisiones de boca, telas y productos de la sierra, porque esta ciudad era algo así como un **puerto de la sierra:** un almacén costeño con productos de la sierra.

Lo que no gustaba, a Espíritu, de los costeños era su costumbre de poner mote a los serranos, conducta alimentada por su conciencia de superioridad. Así, por ejemplo, Juan Calixto, **mitma**(1) de La Asunción, pueblo de Cajamarca, no era conocido por su nombre sino por **Calixtriyo,** y Zorobabel Chiclote, **mitma** de Llacanora, por **Cote,** y **Pericote.** Y Espíritu supo que a él lo nombraban **Paisampoyao,** forma apocopada de Paisano Ampollado, quizá por el motivo de poseer tierras como los grandes. Y entonces, él, a modo de venganza, marcó con remoquetes a los nativos: **El Gamanal** a don Pepe Luis Chaihuaque, viejo tronco de los demás Chaihuaques; **Buro,** a don Saúl Chaihuaque, porque en vez de decir "burro" decía siempre "buro"; **Cuchara,** a don Joel Pairazamán, porque al pronuncair cualquier vocablo su boca aparentaba la forma de cuchara; **Siete Cinchas,** a Felixmer

Chafloque, amansador de mulas y potrillos, por las singularidades de su oficio

También repugnaba a Espíritu la desvergüenza de los costeños de seducir mujeres de serranos. No hacía mucho que un indio barrigón y fuerte, Baltazar Huarcaya, le había robado su compañera a don Sindulfo Tuesta, mestizo viejo, natural de Chachapoyas, quien, desde entonces, andaba hecho una desgracia. Todos los principales tenían de queridas a serranas con marido. Y es que tales mujeres eran pobres, y los costeños sabían pagarles bien. Y como, de un modo general, estas mujeres eran blancas o mestizas, y hasta de ojos azules como **La Colorada**, los farfaneños dialogaban:

—Carne blanca, compadre.

—Cosa seria.

—Ya la chalanearemos.

—Claro.

—Tenemos que chalanearla.

Sin embargo, no era tan fácil la aventura. A veces los serranos agredían, mataban con acero... En unos carnavales, por ejemplo, un mal llamado Pacífico Valdivia, oriundo de las punas, mató de una certera puñalada, a Felixberto Páucar, joven farfaneño, por haberlo sorprendido bajo la cama de su mujer.

(1) **Mitma.**— Mitimae, forastero, transplantado a otra tierra.

CAPITULO VIII

FEBRERO, como un odre, había volcado ya en el mantel rugoso de la costa la última gota del **llonque** (1) acalorado de sus días, y la Acequia Farfán no traía agua; arrastraba apenas una hilacha de agua limosa, hedionda, vestida del runrún de insectos repulsivos.

◆ ◆ ◆

Hacía cosa de varios meses que había llegado una crecida de repente, un violento caudal de agua. Y, en el acto, pensaron los costeños:

—¡Agua en noviembre, güen año pal arroz!

Y empezaron, ofuscadamente, a preparar los campos de cultivo. Destruyeron muchos y hermosos huertos para dedicarlos a la siembra del arroz.

◆ ◆ ◆

Cuál más cuál menos, los agricultores, en febrero, tenían listos sus viveros de arroz tierno, lagunillas vegetales que armonizaban dulcemente con el marfil purísimo de las garzas. Y tenían dispuestos también altos rimeros de sacos de guano de las islas, cuyo hedor hacía estornudar. Los farfaneños, sobre todo, tenían en punto de caramelo la idea de cultivar más hectáreas de terreno que en años anteriores. .., ¡pero el agua, la que hacía el milagro de las siembras, no llegaba!

—¡No yueve en la siera! —murmuraban—.

Y los costeños se iban a la estación de Chimocapa, y les preguntaban a los pasajeros serranos que venían en el tren:

—¿No yueve, amigos, en la siera?

—¡Nuay ni nubes, oiga!— replicaban los serranos—.

No había hombre, pudiente o miserable, que en la ciudad o en el campo, no se querellara:

—¡Mal año pa' la'gricultura!

Las mañanas aparecían frías. Pero, más tarde, el sol, en toda su plenitud, se trasmutaba en brasa, y abrasaba. Los hombres se sentían como reptiles comprimidos por una piedra enorme de calor. La tierra, los arenales, los caminos, daban la impresión de temblar, de vibrar de sed al mediodía. Y el calor sofocante obligaba a los hombres a buscar ocultas fuentes dondequiera; deseaban zambullirse en el agua a modo de gallaretas o patillos, ¿pero en qué agua? ¡Agua no había en parte alguna! . Solamente los espinos y algarrobos, con ánima piadosa; ofrecían una limosna de frescor: allí, al pie de ondulantes ramas, los campesinos hallaban fresca. Luego, como venida de los flancos de la tarde, el ave marina del viento volaba y revolaba desparramando arena en todas partes.

Huyendo del incendio y de la falta de agua, Espíritu y los suyos dejaron La Culebra y, con trastos y animales, buscaron el pie de amigo de El Espinal, campo que, milagrosamente, tenía un ojo de agua. Y el padre y el hijo, con industria de mineros, cambiaron en un profundo pozo el manantial. Pero los costeños que, atónitos, miraron la fortuna del serrano, le maldijeron con furor rabioso.

¡Furor rabioso!, éso era el tiempo de la costa. Las propias lagartijas, en la arena, en la hora de soflama, como un lebrel cansado, sacaban fuera de la boca sus lengüetas sitibundas.

Desde diciembre, el caudal de la Acequia Madre de Farfán estaba puesta en mita ([2]). Y Melchor Condeso era el mitero o alguacil, esto es, la persona encargada de prorratear el agua entre los sembradores. Pero, en puridad de verdad, a nadie le había tocado el turno desde entonces, porque la Acequia se hallaba muerta.

Los braceros del lugar trabajaban, mientras tanto, en Chimocapa: en esta hacienda existían siempre trabajo y agua. Y el agua no venía del agostado Río Jequetepeque sino de unas lagunas situadas en las elevaciones arenosas de la hacienda, lagunas que eran la flor y nata de un bosque inmenso de algarrobos, Montesierpe, al parecer tan grande como el mundo.

En Chimocapa los arrozales se veían ya maltones ([3]). Y hasta en Huabal ondeaban ya los arrozales, criados a la merced de los residuos de agua de Chimocapa. Porque, después de Chimocapa, se hallaba el latifundio del Huabal, y después de Huabal, el minifundio farfeño, y luego de este campo, el desierto. Y la Acequia Madre de Farfán, a partir de Chimocapa, era propiedad común de Huabal y el caserío: a cada lugar pertenecía una de la dos partes iguales de su volumen. Pero, en tiempo de sequía, el latifundio se apoderaba de toda el agua de la acequia. Dos o más guardianes huabaleños —zambos armados de machetes— no se movían de la compuerta de cemento: a todas horas vigilaban que la puerta de la esclusa no dejara correr agua hacia Farfán, sino que la vertiera toda en los terrenos de la hacienda. Tal vez si a

Dios le daban pena los farfaneños, porque, inexplicablemente, la Acequia del caserío mostraba siempre un negro filamento de agua, que era como mano de santo para la sed africana de los hombres y las bestias.

Y la masa farfaneña, más habladora que valiente, se contentaba con proferir:

—¡Ajo! Ya nos tapiaron la'gua.

Y es que los campesinos de la costa, por temperamento, son zanguangos. Ellos son sensuales y cobardes. Pocos con los señores principales, con los fuertes. ¡Sólo con los humildes de la sierra son soberbios!

—¡Pa'qué meternos con los grandes —filosofaban en sus adentros los costeños—, si eyos son diuña y carne con la autoridá!

Y tenía razón, andaban cuerdos los campesinos de la costa:

—¿Pa'qué meterse con los juertes?

De tarde en tarde, empero, el alguacil del agua, el buen Melchor Condeso, a quien todos llamaban Melchorizo, servido de la pena en sus palabras, decía a los guardianes de la esclusa:

—¡Ya se ogan en Farfán! ¡Dénnos, por Dios, una postura de agua!

Y los ceñudos centinelas, fingiendo enternecerse, alzaban la puerta movible de la esclusa durante un soplo, y al volverla a bajar, tronaban contra el alguacil en tono de chunga:

—¡Servido está, patrón!

Y se reían a caquinos, mostrando blancas dentaduras.

* * *

Un día, en un **jeep** verde, legó don Marcelino Vértiz a la compuerta de Huabal. Y todos los yanaconas (4) y colonos le rodearon al momento y, todos, con voz a la costeña, le informaron del estado de las siembras. Se disponía el hacendado a regresar a Puerto Chimo, cuando se le acercó un cariacontecido grupo de farfaneños, cabeza del cual era don Pepe Luis Chaihuaque, y éste le dijo al gran señor:

—Señor, don Vértiz, liabla, con respeto, un viejo farfaneño, su servidor; queremos, don Vértiz, que su corazón de cabayero nos deje un día el agua de la Acequia, que ni para tomar tenemos, cabayero.

Disimulando su desdén, don Marcelino le cortó la palabra al viejo Chaihuaque con la hoja de metal de su respuesta:

—Mi débil es ser generoso, amigo; que mis guardianes de la toma le den la agua hasta las doce en punto de esta noche.

Y, sin siquiera despedirse de don Pepe, se marchó en su vehículo.

Y esa misma noche llegó un pequeño surco de agua al caserío. Y las mujeres y los niños llenaron sus tinajas como en los mejores tiempos. Y Evaristo Chaihuaque, el último de los hijos de Chaihuaque, ya joven y robusto, con aire de pendenciero, alzó la voz sobre la poca altura de los hombres alelados por la presencia del agua:

—Oiganlo bien, compadres. Esta agua es de mi viejo. Don Vértiz le dio a mi viejo. La tenderé esta noche en los lechuguinos secos de mi viejo...

—Melchor es la autoridá, no tú negro hablador— se apresuró a decir Ubedelindo Cama, joven como Evaristo, terrateniente como él, y su mortal enemigos por razones pesadas de polleras—.

Y, sin decir insultos nuevos, como toros celosos y enojados, vínose el uno contra el otro, ambos dispuestos a morir a mano armada. Se golpearon duro. Y los amigos de Chaihuaque arremetieron contra los de Ubedelindo, y los secuaces de éste, golpearon a los de Evaristo. La batalla se hizo general.

Anochecía ya, cuando don Joel Pairazamán, el teniente-gobernador, clamó de improviso contra los peleantes:

—¡Paren de pelear, poyinos! ¡Miren la Acequia, buros!

Interrumpieron el combate los dos bandos, y echaron un vistazo rápido a la Acequia. La Acequia de Farfán venía de bote a bote, roja de polvo y música, como imitando una canción de espuma y palos.

—¡Ya llegó la creciente —chillaron todos—.

Y la vieja, larga sequía, al punto, como una garza enferma, estiró pata y pico. ¡Falleció!

(1) **Llonque.**— Aguardiente de caña dulce.
(2) **Mita.**— Turno periódico.
(3) **Maltones.**— Crecidos.
(4) **Yanaconas.**— Campesinos que cultivan una heredad ajena.

CAPITULO IX

En sus lares, Espíritu había visto muchas veces cómo un águila matrera, cayendo como un rayo, coge a una paloma descuidada, sin dejarla intentar siquiera defenderse. Así, con una violencia de águila, la adversidad tocó al serrano. Su mujer y sus hijos cogieron la malaria. Y es que, en el lugar, de diciembre a mayo, había zancudos. Venían los mosquitos de las aguas estancadas a chupar la sangre de la gente. Resistiendo el ataque, Espíritu y su mujer, aleccionados por La Colorada, antes de acostarse, quemaban bostas secas de ganado, y el humo, como una bendición, ahuyentaba a los zancudos. Además, como lo hacían todos, pusieron colgaduras de tela encima de sus camas.. ¡Pero un dolor trae otro dolor!. A causa del pinchazo de los zancudos, la familia andina resultó enferma de paludismo. Ña Candela, Filemón, Jerónima y Dolores, siempre una vez al día, bajo el sol rojo de verano, tenían fuertes accesos de fiebre, sudor y escalofríos; estremecíanse de cabeza a pies, de vestido a huesos: les sonaba la piel y el esqueleto. Se volvieron, al fin, canijos todos. Y empezaron o tomar purgantes de a machote "para botar la flema de raíz": una bilis verdosa como culebra de agua. Y tomaron también el zumo de achicoria, tan amargo como acíbar.. Y los enfermos no sanaban. Ña Candela, haciendo de tripas corazón, dejaba oir frases como éstas:

—No salgas, Filemón; aurita te sacude.

Y, ahí no más, el muchacho se caía en un pellejo a temblar durante un rato.

Espíritu, entonces, en el **vagón de la provincia**, viajó a Pueblo Lloco, ciudad rodeada de dunas y palmeras, a consultar a Don Ugaz, famoso boticario. Viajó en el coche de los pobres, con alforja y traje limpio. Y allí, los pasajeros conversaban:

—¡Malaya con el año!

—Yes tarde pal arroz.

—L'espiga hiela el frío.

—Arroz sembrao en marzo ya no cuaja.

—Que siembren grano grueso.

—En las haciendas del otro lao del Río luarán así.

Movido por una curiosidad tremenda, Espíritu se atrevió a decirle al hombre que había dicho "haciendas":

—¿Puel otro lau del Río también hacendados serán chinos?

—No, —replicó el interrogado—. Son alemanes y porteños.

—¡Ahh! —suspiró el serrano—.

Y dijo mentalmente:

—Entonces el chino nues el único hombre de la costa.

Y viajó contento.

A don Ugaz, más tarde, en Pueblo Lloco, explicó la enfermedad de su familia, con voz entristecida.

—¿Tú eres paisa, no? —le dijo, mordaz, el boticario—.

—De Coribamba.

—¡Ah, coribambino!. Se ve que lo eres desde lejos. ¿El paludismo dices en tu casa? ¡Una

bicoca es hoy el paludismo! Hazles tomar estos sobres de "Aralén" Tú, que no estás paludiquiento, toma al levantarte unos tres dedos ralos de aguardiente con cascariya. ¡Y ya verás los efectos, mi paisano!

Pagó Espíritu el valor de los remedios y retornó a Farfán.

Y en el curso de pocos días, las obleas de "Aralén" cortaron, de un solo golpe, el zarzal de paludismo de la casa del serrano. Sólo a su hijo, a Filemón, no le quiso dejar la enfermedad.

◆ ◆ ◆

Hallábanse de mejor semblante Ña Candela y sus hijos, cuando amaneció de mal aspecto uno de los bueyes de la yunta: el buey barroso. Este animal, como su compañero, que era negro, vivían siempre mustios en la costa. Y al notar la tristeza de su yunta, Ña Candela murmuraba:

—Animalitos sufren como yo. Extrañan su tierra como yo. ¡Animales desgraciaus como su dueño!

Marido y mujer corrieron a prestar ayuda al animal enfermo, cuyo cuerpo quemaba como un horno: fiebre tenaz lo devoraba. Tendido a la sombra de un espino, quieto, pasado el mediodía, el buey barroso comenzó a temblar con violencia; sus músculos se estremecieron como una caña impulsada por el viento, y, luego, mugiendo tristemente, dejó de existir.

Esa misma tarde, Espíritu despellejó el cadáver de su buey.

Salido el sol del nuevo día, Espíritu y Ña Candela descubrieron que el otro buey, el negro, mea-

ba sangre en abundancia. El matrimonio presintió entonces la muerte de su hato. ¡Así fue! En el término de una semana murieron todas las vacas. Como no fue posible arrastrar los restos a las dunas inmediatas, Espíritu se contentó con despellejarlas en el sitio. A comer los despojos llegaron los gallinazos en negras oleadas, los perros del caserío, y, por la noche, **los zorros cancanes** (1) del desierto. Y, así, el hato que había sido la manutención del hogar de Espíritu, vino a ser, muerto, la comilona de aves de presa y alimañas. Algo atrasados, llegaron también los cóndores andinos al banquete. Y el hombre reprendió a los cóndores de su tierra de este modo:

—¡Habrán bajau a ver mi desgracia, diablos! ¡Vuélvanse aurita mismo a sus guaridas!

Y les lanzó terrones y pedradas.

Llegaron también algunos serranos pobres de Farfán por carne. Unos indios, de apellido Condori, llevaron varios trozos. Y don Sindulfo Tuesta, que ya no podía coger lampa, llenó el corral de su casa con cecinas malolientes. Sacando fuerzas de flaqueza, Ña Candela no decía nada, no lloraba. Pero al mirar cómo las aves carniceras peleaban por los restos de su vaca "Condorilla", que fue la última en morir, prorrumpió en sollozos y en insultos a su esposo:

—Pa'eso, catay, nos traerías: a quioy no tengan ni leche que tomar mis criaturas. "En la costa siace plata", llenabas la bocota. Velay la mucha plata: los perros y shingos. ¡Toma tu costa, que tanto la sierra te jedía! Y óyelo bien con tus orejas: mañana me güelvo a mi tierra con mis hijos.

—Se reyirán de nosotros, Candelaria, ¿no te da vergüenza? ¡Como las vacas y los bueyes, aquí

los güesos dejaremos! —contestó el hombre con firmeza y amargura—.

En ese mismo instante, un hombre bien vestido, jinete en mula baya, llegóse al lado de la pareja. Bajó de un salto de su mula, y les preguntó autoritariamente:

—¿Son los dueños del ganado muerto?

—Sí.

Y, a pasos largos, el extraño se dirigió a observar los restos más frescos de las reses. Les hizo un examen minucioso. Terminaba su labor, cuando apareció un grupo de guardias civiles a caballo. Y uno de los guardias, que tenía insignias de sargento, platicó así con el forastero:

—¿Y cuál es la enfermedá, ingeniero?

—Carbunclo. Fiebre carbunclosa.

—¿A causa de la sequía?

—Sí. Aunque creo que el microbio fue traído por el viento desde los alfalfares de Jatanca. Allí no quedó animal con vida.

—Don Fu Ching tiene razón entonces de asustarse.

—Claro. Su hacienda no está lejos de este sitio.

—Hoy mismo le daremos cuenta.

—Sí.

—Don Fu Ching en su denuncia a la Guardia dice que estos serranos han traído de su tierra ganao enfermo.

—No. Los animales se enfermaron aquí mismo.

—¿El remedio, ingeniero?

—La vacuna. Si don Fu Ching me paga lo que cobro, comenzaré mañana mismo a vacunarle su ganado.

—Le pagará, ingeniero.

(1) **Zorros cancanes.**— Zorros pequeños de la costa.

CAPITULO X

UNA flaca siembra de arroz hicieron los labriegos; toda su buena voluntad de llevar almácigos a las chacras se fue en humo. Viveros ya no había. Los gañanes, entonces, echaron en los surcos semillas de maíz, poroto, lenteja y yunya.

Una que otra vaca murió de los vecinos. El carbunclo había sido sólo una piedra disparada al ganado de Espíritu. ¿O sucedió, quizás, que la peste fue malherida, muerta, por el poder omnipotente del agua?

Entretanto, Espíritu contaba con un nuevo amigo, un hombre natural y simple, Encarnación Silencio, farfañeno de su misma edad. El uno y el otro sembraron maíz negro y otros cereales en la parte silvestre de El Espinal, que deslindaba con el médano.

Y Encarnación —aunque dueño de un huerto, pobre— no cesaba de soplarle a su amigo:

—Después de un año malo viene el güeno; sembremos de arroz El Espinal.

—Soy ganadero, oiga —argüía el serrano—.

—Agricultura es mejor —le atajaba el pensamiento Encarnación—. Alquilaremos bueyes. ¿Plata? ¡Bancos la habilitan!

◆ ◆ ◆

Los pocos arrozales de la campiña daban gusto. Se habían puesto verdinegros. Como patos o patillos nadaban en el agua. Parecían, por lo esbeltos, totorales en el aluminio de las pozas. Y qué decir de los campos de Huabal y Chimocapa:

eran espacios infinitos de negror, de negror y blancura. La inmóvil apariencia de las aguas y la movible forma de las garzas ponían motas blancas en la negrura vegetal, rayaban la negrura. Y el viento movía suavemente plantas y aguas.

◆ ◆ ◆

Abril no trajo fríos. Mayo los trajo todos. Floreció un mayo frígido como la sangre de un reptil. Y casi todos a una sentenciaron los campesinos:

—¡Se fregó la cosecha! ¡Ya se vanó el arroz!

Y entonces los costeños, dando al olvido su pesar, se entregaron a otras ocupaciones. Fueron a prender **cañanes** en la arena, lagartijas de abdomen azulenco. En las dunas, cogían lagartijas a montones: asadas éstas en el fogón, eran un bocado sabroso al paladar. Los farfaneños y pueblonoquinos eran muy dados a comer cañanes, motivo por el cual serranos y porteños les apodaban "lagartijeros" o "comelagartijas". Otras veces, los nativos viajaban a las lagunas de Chimocapa, en pleno bosque, a cazar gallaretas y patillos. Pescaban **lifes y picalones**, pececillos de agua dulce. Asimismo, acudían a los algarrobales del desierto, a un paso de Montesierpe, a recoger las vainas secas en costales; más tarde, en la aldea, vendían una parte de la algarroba reunida, y alimentaban sus animales con el resto.

Cada familia, por otro lado, tenía su cruz en los cerros inmediatos y, con devoción, el tres de cada mayo la axaltaban. Y a una "cruz principal", situada en el más alto de los cerros, la honraban todos como a Patrona del caserío. Subía la multitud a engalanarla de un arco multicolor de flores, flores de papel y frutas. Y a su alrededor bai-

laba el "mayordomo" con su "dama"; bailaban los "devotos" con sus "damas"; bailaban todos embriagados. Caída la noche, bajaba el gentío a la casa del "mayordomo" a paladear "causas negras" y "cabritos" Luego, volvían a bailar y a emborracharse. De tal manera, alegres, andaban de jarana por un espacio de nueve días y nueve noches.

Unas plantas de maíz, en el borde de los cerros, tenían, por este tiempo, la arena hasta el cogollo. Estaban secas pero vivas. La lucha de estas plantas, heroica e incesante, era la pugna entre la muerte y la vida, entre la sequía y el agua. Y Espíritu, que había observado a estas plantas, dijo para sí:

—A estos maíces me parezco. Me quiere sepultar el sitio, yo trato de vivir. ¡Cómo será después!

◆ ◆ ◆

Se acercaba el turno de las cosechas, cuando en Farfán se propagó una noticia: don Pepe Luis Chaihuaque había encontrado una noche, bajo su barbacoa, en cueros y borracho, a Remigio Asnarán, atisbando a su mujer, doña Crisanta. Asnarán, panadero, era un ser asqueroso, con huellas de viruela en el rostro, pequeñito, a quien, todos, por su fealdad, nombraban "Lindo Mozo". Y el dicho Lindo Mozo, a la sazón padre de familia, tenía la costumbre de meterse a la casa de los vecinos con la idea de sorprender a las mujeres en la cama. Y, costeños y serranos, no hablaban sino del accidente de Asnarán:

—Don Chaiguaque lua'marró comua toro, y le partió el peyejo a rebencazos.

—Desta vez se quitará el defecto.

—Brujo, sus secretos no usará.

◆ ◆ ◆

Pasaron los días.

Y una madrugada dijo Espíritu a Filemón, a quien había despertado con mucha dificultad:

—Prende el lamparín y busca mis llanques (1); yes hora d'ir a cuidar la chacra, nuaiga entrao el animal dañino y lo remuela.

Con un lamparín de llama temblorosa en una de sus manos, comenzaba Filemón a buscar las **ojotas** de su padre, cuando salió de su garganta un alarido:

—¡Ayy!

—¿Quiáy? —atinó a exclamar Espíritu, a tiempo que saltaba de la barbacoa al piso de tierra—.

Y Filemón cayó de bruces, tirando lejos la lamparilla.

Y entonces, aturdido, Espíritu obscureció la hora con este pensamiento:

—¡El Lindo Mozo! ¡Está gateando a mi Canducha!

Y mientras Ña Candela y sus hijas daban gritos, Espíritu buscaba su revólver. Inmediatamente, alumbrados por el lamparín recuperado en ese instante, marido y mujer miraron, con ojos dilatados por el susto, que no era el Lindo Mozo el que se hallaba bajo la barbacoa, en el nido de las gallinas, sino una boa con pintas negras.

Y, el reptil, sin moverse, levantando la cabeza, furibundo, emitió su amenaza, una voz como el graznido del gallinazo:

—¡Ushsh!

Y Espíritu, de una balazo, mató al reptil.

—¡Boa hambrienta! —exclamó Ña Candela—.

Y el hombre, quien a la sazón sostenía en sus

brazos a Filemón, arguyó con fundamento:

—Hay que cambiar la puerta ques de palo. Si no bajarán güelta las culebras.

◆ ◆ ◆

O fue por milagro o por el susto de la boa, pero lo cierto es que, desde tal incidente, se ahuyentó del cuerpo de Filemón el paludismo.

(1) **Llanques.**— Ojotas, sandalias rústicas.

CAPITULO XI

SUCEDIO lo anunciado por los costeños: se perdió la cosecha del arroz a causa de los fríos del invierno. Los campesinos midieron sólo lentejas y frijoles en sus eras. En cambio, en Huabal y Chimocapa, las máquinas trilladoras no cesaban de trillar los "pilones" de arroz: el barullo de éstas y la paja de las eras volaban bajo el sol, doraban el paisaje. Y toda la extensión del valle, el panorama henchido de rastrojos, olía a espiga, a beso de cosecha, a emanación de eral.

En Farfán, mietras tanto, el mes de agosto se placía en mostrar las azoteas llenas de mazorcas.

◆ ◆ ◆

Dio la casualidad que Espíritu supiera que en agosto llegaban los brujos de Lambayeque al caserío. De ahí a poco espacio, corrió velozmente esta noticia:

—Mestros del mismo Salas luestán fobiando a doña Aquila —mujer de Saúl Chaihuaque, hijo mayor de don Pepe; una mestiza oriunda de la sierra, de Cumbicos—; seguro questa vez le sacan el daño que no pueden los dotores.

—Hace noches que lo limpian con el cuy.

—Con tal que no le trabajen la obra a los mestros.

—Les pueden dar la contra.

—Con los de Salas nuay cuidao.

—Saúl anda buscando sapos y cuy negro.

—Va a conseguir lágrimas del lobo viudo y suspiros del cuy cantor.

—Capaz tendrá nomá chucaque doña Aquila...

Y los lugareños, chismosos y chismosos querían volverse augures y videntes. Pero, a pesar de esta ambición, nadie llegó a mirar siquiera la sombra del cuerpo de los brujos.

◆ ◆ ◆

No hacía mucho que los brujos habían **tendido mesa** ([1]) en la casa de don Saúl, cuando Encarnación Silencio, a guisa de hombre misterioso, le secreteó a Espíritu:

—Ha dicho don Chaiguaque que los mestros leyeron tamién la sequía en los riñones de un cuy padre, y quel motivo sale un hombre avaricioso ques usté, don Crespo.

—¿Bromea? —clamó, como mordido por un alacrán, Espíritu—.

—No. Quiusté tiene mal ojo pa la costa, que lua ojeau. Y que el remedio está en que lo boten de la costa —concluyó de hablar Silencio—.

—¡Lagartijas; que me boten seis que pueden! rugió el serrano—.

◆ ◆ ◆

Debió decir verdad Encarnación porque los costeños, de un momento a otro, se pusieron jetones con Espíritu. Y, cierto día, estalló su cólera. Don Joel Pairazamán, el gobernador, manifestó a Espíritu que el monte de algarrobos que le dieran las autoridades a cambio de abrir un camino por su chacra, volvía a ser propiedad común, en razón de que él ya no tenía animales que criar con algarroba.

—Queda usté notificao —agregó don Joel—, a tiempo que ponía en manos de Espíritu un papel escrito.

—¡Hepócreta Cuchara! —le gritó el serrano—. ¿Cómo todos ustedes, las lagartijas grandes, tienen sus buenos montes de algarrobo?

Pero Pairazamán se alejó rápidamente, sin terminar siquiera de atenderlo.

Al otro día, madrugadora como un ave, llamó desde el umbral de la puerta de Espíritu, doña Anselma Pimentel, la marimacha. Entró a la casa, y habló sin rodeos:

—Me soplaron que ño Joel Pairazamán ya le botó del monte. Es obra de los Chaiguaques, oiga. Pero usté, carajo, no se deje; si se deja le comerán asado como a iguana. Vaya corriendo a ver a mi abogau, el doctor Tinoco, ques una plata.

Espíritu aceptó.

Pero ese mismo día cayó enfermo gravemente.

Cuando sanó, luego de una semana de sufrimiento, las autoridades farfaneñas habían hecho quemar el cerco de su monte. Y Espíritu no dijo nada para fuera, pero sí mucho para adentro. Y cavilando, cavilando, se acordó que en Puerto Chimo vivía un escribano de su tierra, don Miguel Calvanapón, a quien no veía desde hacía muchos años. Y entonces pensó para su capote:

—Me ayudará dejuro.

Y viajó a Puerto Chimo, con su "papel-escritura" en las manos.

—Este papel no tiene valor, hijo —le dijo el escribano, luego de leer la "escritura" de Espíritu—; le falta la firma del Presidente de las Comunidades de Pueblo Lloco. Sin embargo, el doctor

Tinoco, paisano nuestro, puede demostrar lo contrario.

◆ ◆ ◆

A causa del juicio, Espíritu no hizo otra cosa que ir de Tinoco a Calvanapón. Gastó en papel sellado, en hospedaje, en honorarios. Y hasta compareció en justicia con "la parte contraria" —los Chaihuaques, Pairazamán y otros— ante el Juez de Primera Instancia de la Provincia, el doctor Cacho y Cacho, también oriundo de la sierra

Por fin, luego de muchos meses de ansiosa espera, el doctor Tinoco le anunció a Espíritu:

—Ganamos el juicio, hombre; la sentencia del Juez es favorable. Dentro de poco irá él mismo a darte posesión de la tierra de algarrobos. También yo estaré presente.

—¡Dios se lo pague! —atinó sólo a decir Espíritu—.

---

(1) **Tender mesa.**— Acción de brujear.

CAPITULO XII

SE pusieron a temblar los costeños importantes al informarse de la próxima visita del Juez de la Provincia. Todos tenían montes de algarrobos, y ninguno poseía título de propiedad.

Y un día, por la mañana, llegó al pequeño bosque de El Espinal el doctor Cacho y Cacho, jineteando un caballo fino, con botas de hacendado y panamá de jipijapa. Formaban su comitiva: el doctor Tinoco, Calvanapón, don Felipe Fu Ching, el Delegado de las Comunidades de Pueblo Lloco, tres jóvenes pitucos, un oficial de policía y dos guardias civiles. Y el sudoroso señor Juez, sin bajarse siquiera del caballo, luego de echar un vistazo al bosquecillo en controversia, clavó sus ojos en la cara de don Pepe Luis Chaihuaque —quien, con su volumen, no dejaba ver el cuerpo de culebra de don Joel Pairazamán—, y le dijo en tono grave:

—Por don Práxedes Bigote, Delegado de las Comunidades de Pueblo Lloco, aquí presente, estoy informado que todos ustedes, los principales del lugar, tienen manchas de algarrobos en las dunas, posesiones que, desde los tiempos de Ñangué, han sido de la Comunidad. Como no deseo modificar la situación sino dejarla como está, he venido a dar posesión de estos algarrobos, de acuerdo a mi sentencia, a don Espíritu Crespo, a quien, usted, señor Chaihuaque, como usted, señor Pairazamán, y las demás autoridades, darán las garantías necesarias.

·Y volviendo la cabeza hacia Espíritu, agregó:

—Desde ahora mismo este monte forma parte de su tierra.

Las palabras pronunciadas por el doctor Cacho y Cacho las trasladó a las páginas de un libro descomunal el escribano, en el cual pusieron sus rúbricas extraños y nativos en calidad de testigos.

◆ ◆ ◆

En el intervalo, todos los agricultores vivían talando huertos. ¡Todos querían dedicar sus tierras al sembrío fantástico del arroz!

—¡El año será güeno! ¡Hay que sembrar arroz!

Y Espíritu filosofó:

—¿Qué pué estos cristianos ya no pensarán comer fruta, ni maíz, ni frijol, sino cheques? ¡Pobres arbolitos!

Y el serrano y su socio, Encarnación, volvieron a labrar la tierra de El Espinal hasta dejarla suave como harina. Ambos tenían un **lechuguino** (1) de amplio radio. Y en la caja de caudales de Espíritu estaban guardados los billetes de Banco de cien soles cada uno, puestos a disposición por el "Banco Agropecuario" de Puerto Chimo.

Con enero llegó el agua. Un agua sucia pero buena. Y en Farfán —y en toda la Provincia—, hombres, mujeres y niños se dedicaron a **sembrar** arroz. Se emplearon violentamente en trasladar las plantas de los viveros a las lagunas de las chacras. Porque cada chacra era laguna, una laguna artificial. Y Espíritu se dijo con simplicidad de niño:

—Nunca vi planta más chistosa. El trigo, la cebada, quieren aguacero y después sol pa desarrollo. Velay queste arroz quiere nadar en agua y tamién gozar del sol. Planta de agua es catay, culebra de agua me parece.

Y el costeño y el andino cubrieron de arroz las dos partes de El Espinal. Pero este trabajo no lo efectuaron solos: además de sus mujeres e hijos, allí laboraron muchos **piones** durante largo tiempo: todos, con las piernas metidas en el agua. Y el arroz, en los pozos, aunque halagado por el aire y el agua, fue herido al momento por el sol. Se marchitó. Pero, más tarde, se sintió como en su casa: dejó el blanco de la muerte por el negro de la vida. Verdeó. Meneó sus hojas nuevas. Creció con el agua tibia a la cintura. Y, al cabo de unos meses, el arrozal estuvo para deshierba: las dos familias vinieron a deshierbarlo, a arrancarle las malas hierbas: llegaron éstas con gente de la sierra y la costa, y hasta en junta de los famosos **morropanos** (2). A continuación, Espíritu y Silencio esparramaron guano de las islas en todas las amelgas. Y el arrozal, entonces, sensible al fuerte estímulo del guano, macolló alegremente, se colmó de hojas y tallos fuertes. Se puso negro de vigor. De ahí a poco espacio, comenzó a florecer. Y las espigas amarillas contrastaron con lo oscuro de las hojas ondeantes. Las espigas fueron madurando, y los tallos, con el peso de las espigas, se inclinaron como viejos. Y el arrozal, de pronto, cubierto de músicas salvajes nunca oídas y del vuelo apacible de las garzas, todo albor, alertado por el grito jubiloso de los **guaraguaos** (3) comegrillos y culebras, se trocó en uno como verde limón costeño; se fijó, más tarde, en oro circunspecto. Del agua lo privaron ahí mismo los labriegos: lo dejaron expuesto al sol de junio semanas y semanas... Después, llegó el tiempo de la siega. Los campesinos segaron la cereal madura: la dividieron en millares de ga-

villas. Y, con estas gavillas, luego, edificaron el eral: uno redondo y elevado, en un lugar ventoso de la chacra. Y, a continuación, vino la trilla. Cabalgaduras galopantes deshicieron el eral con la herramienta de sus cascos, logrando convertirlo en un montón de granos limpios, gracias a la cooperación bucólica del viento que, acaso por costumbre, lleva la paja y deja el grano.

* * *

Pero no todo era afanes de cosecha en este tiempo. También se dejaba oír las frases simples de los **patrones** en los descansos del mediodía:

—A ver, don Crespo, doña Candelaria, sirvámonos la causa que preparó mi Estílita.

—A ver, remojemos la cosecha con este claro de paica y esta boteya de blanco con cascariya..

—Está yamándonos el cebiche de mojarras y cachemas; mi Estílita no hizo cañanes porque a ustedes no les gustan.

Quien así hablaba era Silencio, invitando a sus socios a probar las viandas y bebidas preparadas por su mujer, Estílita Ucuñán.

Por su parte, Ña Candela, siempre con dejo de serrana, intervenía:

—Quién sabe, linditos, no les gustará mi gallina sancochada, mis papas con huacatay y huevos duros, y mi chichita dulce al uso de mi tierra.

Y, como gente feliz, comían y bebían las dos familias.

Tenían razón: la cosecha prometía.

Una cruz de carrizo, colocada en la cima de la era, anunciaba la riqueza.

En efecto, la **medida** corroboró el presagio de la cruz: la era produjo varios cientos de sacos

de arroz.

Concluían Espíritu y Encarnación de medir la cereal en una balanza de plataforma, cuando llegaron dos hombres elegantes a caballo: eran "rescatadores de arroz", y uno de ellos, descabalgándose, preguntó:

—¿Es milán o carolino?

—Indio, arroz minagra es —se apresuró a responder Encarnación—.

—Lo tomanos. Yévenlo mañana mismo a la estación de Chimocapa para pesarlo, y cancelarles el valor —dijo el hombre—.

La venta, al otro día, se hizo sin novedad alguna en Chimocapa.

* * *

Al día siguiente, Espíritu y Encarnación viajaron a Puerto Chimo. Allí pagaron, en una sola acción, el capital y los intereses convenidos al Banco del Estado.

Sentados, más tarde, en una banca de la plaza principal, los socios hicieron la cuenta de sus fortunas. Se cercioraron, con asombro, que habían ganado más de treinta soles por cada sol de gasto. ¡Habían ganado miles!

—¡Quien siembra, cosecha! —corearon—.

Y, casi estallando de alegría, se fueron a tomar licor en una cantina del puerto.

En Farfán, ya en la anochecida, volvieron a tomar licor. Invitaron cerveza a medio mundo en la bodega de Miguel Asián. ¡Así, de este sencillo modo, Espíritu y Encarnación, honraron, como auténticos criollos, la fecundidad clemente de la tierra!

(1) **Lechuguinos.**— Almácigos de arroz.
(2) **Morropanos.**— Trabajadores de Mórrope, Lambayeque.
(3) **Guaraguaos.**— Las "chinaslindas" de la sierra.

CAPITULO XIII

YENDO por el camino del ganado y las siembras, Chimocapa se volvió más acaudalada que nunca.

Y una noche, después de la merienda, Melchor Condeso, el alguacil del agua, refirió a Espíritu y Encarnación, sus amigos, el crimen que, en forma confidencial, le había soplado Urbano Chuquitucto, vaquero de Chimocapa, más conocido por "El Ñato":

—"El leñador puebloyoquino acababa'e rajar un tronco de algarobo en la Plaza del Gentil, estaba pa poner la carga'e leña en su piajeno, cuando le gritó Coyao desde su mula, apuntándole con su revólve: —¿Quiáces aquí, ladrón? Y el leñador puebloyoquino se puso a temblar comuel conejo que ve pero, se puso a yorar y a suplicarle: —¡No me mate, don Coyao; tengo mujer y varios hijos! Y don Coyao, como culebra que va a picar, con la vista colorada, liordenó al Ñato Urbano —¡Trae el pico y la palana de la guaca! Trajo El Ñato las herramientas, y don Coyao le mandó al leñador, que ya había sujeto po la cintura con su lazo: —¡Cava tu sepultura! Y el pobre leñador, blanco comuel papel, comenzó a palanear la arena, yora y yora, hasta encontrar la tierra dura, y el viejo entón le dijo de nuevo: —¡Dále con el pico! Y el hombre agarró el pico y cavó un rato, mojando la zanja con sus lágrimas. Y don Coyao, al frente, apuntándole con su arma le preguntó: —¿No quieres sepultarte, yorador? Anochecía ya,

y el hombre salió pa juera de la zanja, y empezó a desgañitarse como chivo, y ahí no má el viejo luizo boquiar de dos balazos. Después, dice El Ñato, que tamién le gusta templar gente, que él luenterró con la palana a que no luaye su jamilia. Dizqué, jura El Ñato, él se yevó su hachita que es muy güena, y don Coyao su piajeno ensiyonao

—¿Y con qué autoridá mata cristianos ño Coyao? —clamó Espíritu, exteriorizando asombro—.

—Es autoridá —contestó Melchor—. Es Comisario Rural de las haciendas.

—¿Y paqué lua muerto al leñador? —habló, de nuevo, Espíritu—.

—¿Paqué? ¡Pues po ladrón de leña! —replicó Condeso— Los chinos cuidan Montesierpe comua niña Y los puebloyoquinos pobres, cuando nuay trabajo en las siembras, vienen a yevar leña de Montesierpe y nuestro despoblao, la que venden pa comprase la comida. Y nuescarmientan, oiga, los leñadores: don Coyao ya a muerto comua a veinte.

—Cuando don Coyao mata un ladrón, don Fuching le da su premio —intervino Encarnación—.

—¡Se juera ya! —añadió, entre colérico y sarcástico, Melchor—.

—¿Y el Urbano Chuquitucto, que pasa noche y día en su mula puel callejón de El Espinal, qué cosa es? —exclamó, picado por la curiosidad, Espíritu—.

—Guardián de Montesierpe —contestaron a un tiempo los costeños—.

—¿Y vivió así siempre ño Coyao? —averiguó el serrano—.

—Así —replicó Encarnación—. De guadespalda de los ricos, de cuchiyo de los pobres. Oiga

usté, este viejo deberá más de cien muertes, aunque mató nomá dizqué ladrones y curanderos. Hará cosa de diez años, ladrón que sacaban po la noche de la cárcel de Pueblo Yoco y Puerto Chimo era muerto en las pampas de Paiján por don Coyao y sus hombres, después diacerlos cavar su sepultura.

—¿Y diónde es tan maldito viejo? —demandó Espíritu—.

—De Pueblo Yoco —le contestó Melchor—.

—Tuavía me acuerdo cuando mató al brujo de la playa de Quindén —narró, cual fabulista, Encarnación—. Muchaco era tuavía yo Con las manos pa trás, lo pasó amarrao al mestro puaquí cerca —y con su mano derecha, en plena noche, indicó el punto del camino—; el mestro iba delante, con los ojos en el suelo, sin mirar a nadies, triste, y don Coyao luacía andar a latigazos. Siampoyaron los pies del curandero, sudaba y no podía caminar puel sol de las doce que picaba. Y la gente lo seguimos puatrás de novelera. Y, al fin, yegamos a la Guaca Colorada, y don Coyao, me acuerdo, que le dijo al brujo: —¡Para ahora naciste, amigo! Y nos espantó a nosotros con su rifle. Después del balazo, juimos a ver al difunto, y de caridá, luenterramos en un zapotal que había po la Guaca. —"¡Brujo es el diablo!", nos dijo don Coyao, yéndose del sitio en su cabayo. Pero no lo mató po la brujería se supo ahí no má, sino porque el mestro venía de Quindén a ponerle cachos con una zamba Ferroñay de Qosque, que don Coyao tenía de mujer

—¡Asiés! —convino Melchor Condeso—. Pero hoy dizqué pasa la noche en claro, luasaltan las almas de tanto pobre que mató.

A los pocos días de la muerte del leñador puebloyoquino, Espíritu le pidió permiso a Urbano Chuquitucto para buscar en Montesierpe un animal que se le había extraviado. Espulgaba una parte del algarrobal el serrano, acompañado de Emeterio Niño y su perro "Fierabrás", cuando, de pronto, junto, a una pared de los gentiles", levantó el vuelo un nubarrón de gallinazos. "Firabrás" corrió a ladrar a las siniestras aves, las que al volar, con su negrura, formaron una suerte de cielo de plumas bajo el cielo. Y, de inmediato, el perro se puso a escarbar la arena con las uñas, extrayendo sin dilación un hueso humano. Acercáronse al sitio Espíritu y Emeterio, y el segundo clamó despavorido:

—¡Es un cristiano muerto!

—¡Jiede! —le respondió Espíritu—.

—¿Luabrán muerto quién sabe?

—¡Sí! ¡Luan enterrau aquí!

Y los hombres, sintiendo que les subía un acerbo dolor a la cabeza, vieron, esparramados en la arena, varios huesos de persona, sacados a luz seguramente por los zorros y las aves carniceras.

—¡Vámonos! —dijo Emeterio—.

Y, el uno y el otro, horrorizados del hallazgo, salieron más que de paso de la selva de algarrobos.

Espíritu no le dijo nada más a su amigo, pero él, en el instante mismo del encuentro del cadáver, se había dicho interiormente:

—¡El crimen de ño Coyao!

Esa misma noche, antes de que Espíritu se quedara dormido, apareció el perro "Firabrás" exhalando un fuerte hedor a muerto, y con la panza inflada como un bombo. Al verlo, Espíritu barbotó:

—¡Ha comido cristiano muerto!

Y se dejó llevar por la ira.

Cuando amaneció, estaba en viaje a Puerto Chimo.

En el puerto, refirió todos los pormenores del suceso al doctor Tinoco. Pero el doctor, tornándose enojado, le increpó enseguida:

—Con el cuento que me vienes tan temprano. ¿Quién te ha dicho que debes hablar estas cosas? ¿No sabes que soy abogado de Chimocapa? ¡Fuera de aquí, animal!

Salió cabizbajo del estudio de Tinoco el campesino. Y en el trayecto de Puerto Chimo a Farfán se fue diciendo para sí:

—¡En la costa hay menos justicia que en la sierra! ¡En la costa nuay justicia para el chico!

* * *

Al poco tiempo de la reprensión del abogado a Espíritu, llegó a Farfán un pueblolloquino, el que, luego de hacer la misma pregunta a todo el mundo, le interrogó a Espíritu:

—¿No me da razón de un hombre que vino al despoblado y sia perdido? Bajito era no má, con un lunar de pelos en la cara. Pedro Icán es su nombre.

Y Espíritu, como un autómata, atajando la verdad que luchaba por salir de su garganta, le replicó, moviendo la cabeza:

—¡A ése no lue visto!

CAPITULO XIV

A esta altura del tiempo, Espíritu y su mujer se habían vuelto agricultores. Ña Candela, por ejemplo, criada en la sierra con las vacas, se placía en conversar, como lo hacían todos, de las siembras en la costa. Vivía mirando no más el cerro Pitura, situado en Tolón, y a veces exclamaba:

—Está con niebla el Pitura, va a llover en mi tierra.

* * *

Espigas llenas y espigas flacas trillaron infinidad de veces Espíritu y Encarnación en sus eras. Trillaron mieses con máquinas trilladoras alquiladas a Huabal. Espíritu, a la sazón, había convertido La Culebra en un vergel: cultivaba allí verduras, árboles frutales y caña dulce. Además criaba aves. Llegando por turno, las mujeres y los niños del poblacho no cesaban de llamar a gritos desde la entrada de la huerta.

—Señoráp.

—Upe, respondía Ña Candela.

—Cuidao su perro bravo.

—No muerde el perro —voceaba la hortelana—.

* * *

Fue, quizás, por milagro de San Hilarión de Coribamba, que Espíritu vio cumplida su ambición de hacer dinero. Nunca, en otros tiempos, había tenido tantos billetes juntos en su caja: ahora él contaba el dinero por miles de soles. Y si él estaba rico, más lo estaban los Chaihuaques: si Espíritu tenía diez hectáreas de terreno, los Chaihua-

ques tenían cien. Pairazamanes, Camas y Yampufés, todos los terratenientes del lugar, habían progresado gracias al arroz. Hasta los propios jornaleros estaban un poco bien: algunos de ellos sembraban **bollos,** esto es, pedazos de tierras en las chacras farfaneñas o en las haciendas inmediatas, correspondiéndoles, según costumbre, las tres cuartas partes de la cosecha.

Cierta vez, en el despacho de don Miguel Calvanapón, Espíritu oyó conversar a dos forasteros elegantes, los que tenían aspecto de limeños:

—Así que está haciéndose miyonario Tinoco. Quién lo iba a sospechar. En Lima, el pobre, para poder vivir, tenía que defender a ladrones —dijo el uno—.

—¿Es éste Ladislao Tinoco, el líder universitario de extrema izquierda, a quien, por sus discursos incendiarios, llamábamos "Verborrea"?

—¡El mismo! —replicó, moviendo la cabeza de arriba a abajo, el que había hablado primero—. Dicen que hoy es socio y consultor de los grandes hacendados de este vaye.

—Ese es el fin de muchos izquierdistas en el Perú, —sentenció el otro—.

Espíritu comprendió en el acto que eran del doctor Tinoco los arrozales de "Juanpul", fracción extensa de Chimocapa, entre el camino de Farfán y la estación del tren. Y, por satisfacer su curiosidad, viajó a Puerto Chimo a preguntarle a don Miguel. Pero, para sorpresa suya, no halló al escribano en su oficina, porque él había muerto de repente. Y Espíritu, ante la súbita desgracia, se sintió huérfano en la costa nuevamente.

* * *

En la costa no suenan truenos. Pero, un día, reventó uno en el sosiego de Farfán: la muerte de

don Coyao.

Pedro Tantachuco, un labrador nativo, refirió a todo el mundo:

—"Venía puel despoblao en mi piajeno, con luna'e madrugada, y me topo enderepente con una punta'e bueyes quiarriaban tres hombres a cabayo. Me vino un miedo como dialma, cuando veo que tamién iba mi vaca mora con los bueyes, entón le dije a uno de los montaos: No se yeven al corral mi vaca, amigos; les pagaré si a'echo daño. Pero eyos me gritaron, poniéndome un revólve en el gañote: !Bájate, cojudo! Me apeé dasdás de mi piajeno, y me patiaron en el suelo como a rata. Y el uno le dijo al otro: —¿Resueya o no resueya? ¿Le ponemos su plomo de una vez? ¡Pior será matalo! —respondió el otro—. ¡Dejémolo por ahora! ¡Y yo ni resoyaba por el miedo!...

De un rato, cuando sentí que ya se jueron, alcé la cabeza poco a poco, y vi que mi piajeno ya no estaba. Entón me vine corriendo onde mi casa, ensiyoné mi yegua, y me pasé a avisale a don Coyao en Chimocapa. Di golpes en la puerta, y el viejo se despertó. —¡Yuntas de la hacienda se yevan los ladrones puel despoblao— le grité; los acabo de piyar y mian golpeao! —¿Yuntas de la hacienda, dices? —me preguntó. —¡Sí!, le contesté; la marca nues letra sino número de hacienda. Se levantó entón el viejo, ensiyonó su potro, y los dos nos juimos a despertar al Santos Teyo, el caporal que dicen es más guapo quel Urbano. Corrimos los tres al despoblao, trotando como diablos; entramos a Jatanca; y, luego, nos vimos más ayá. Nos amaneció por ahí. Y don Coyao le dijo al Santos Teyo: Fíjate los rastros, puaquí van los ladrones; piquemos nuestán lejos Pero el potro de don Coyao nos dejaba muy atrás a mí y al

Santos Teyo, así es que el viejo iba caliente con nosotros. Dimos en las pampas de Paiján en un bendito, cuando vemos el ganao y dos hombres quiapuraban a las reses. Don Coyao, quiba adelante como digo, se les acercó como una fiera, con el arma en una mano, dándoles el ¡alto! —¡Alto, jijunas!, gritaba el viejo como yevado po la muerte, cuando oyemos das un tiro, y vemos caerse a don Coyao de la montura. No supimos quiacernos con el Teyo, nos paramos asustaos unos minutos, y vemos un ladrón bajarse de una rama de zapote y echale más balazos al dijunto. Y el ladrón tuavía se vino contra mí y el Teyo, pero los dos volamos a Pueblo Yoco onde avisamos a los guardias"

CAPITULO XV

CUANTO más cantaban las **chilalas** (1) en los árboles, mientras los **huerequeques** (2) saltaban en las dunas y se zambulían las gallaretas en el agua don Felipe Fu Ching, el hacendado de Chimocapa, había cercado Montesierpe. Este bosque de algarrobos, por uno de sus lados, limitaba con el desierto comunal farfaneño, lleno asimismo de algarrobos, donde pastaba el ganado de los pobres. El hacendado, además, había dispuesto que Urbano Chuquitucto, viviera a la entrada del bosque en calidad de guardián. Desde entonces los ladrones de leña de Pueblo Lloco, huyendo del fusil de Chuquitucto, hicieron su buen agosto en los árboles de Farfán, pues éstos estaban sin amparo.

—Que se queje al Subprefecto el Delegado de Comunidades, don Bigote —hablaban los farfaneños—.

—Siace él no má la vista gorda —decían algunos—.

En este tiempo, además, ocurrieron dos hechos importantes. Apareció en los caminos —unas veces, en camioneta y otras a caballo— el hijo político de don Felipe, personaje que según decían, apellidaba Collazos, y era natural de Lima. "Ha sido Comandante de la Guardia Civil de Puerto Chimo", pregonaban los capataces de Chimocapa. Y el ex-comandante de los guardias, hombre simpático y de mediana edad, no tardó mucho tiempo en convertir a su suegro en criador de ganado bravo en Montesierpe. Porque El

Capi —así lo apodaron luego los criollos—, era un fanático de la "fiesta brava" De ahí a poco espacio, el tranquilo Montesierpe hospedó una crecida punta de reses bravas. Y ni al algarrobal extenso, ni a las lagunas solitarias, fueron más los farfaneños por evitar hallarse con la muerte indubitable.

• • •

Nadie lo sospechará, pero don Pepe Luis, don Joel —autoridades—, y otros terratenientes de Farfán, convencidos, tal vez, por don Práxedes Bigote, habían acordado permitir que el hacendado de Chimocapa cercara con alambre los árboles del desierto comunal, agregándolos a Montesierpe, para "evitar que los puebloyoquinos caigan todos los árboles con hacha"

Un día, pasaron al desierto, por el camino de El Espinal, muchos caballeros a caballo —Fu Ching, Collazos, Tinoco, los Chaihuaques, don Joel, don Práxades Bigote, un oficial de la policía, y otros forasteros elegantes—, a quienes, a prudencial distancia, seguía la población farfaneña. Al pasar el grupo por la casa de Espíritu, el doctor Tinoco llamó desde la puerta:

—¡Espíritu!, ¡Espíritu!

—Nuestá en la casa, dotor —contestó Ña Candela—.

—¡Carajo! —gritó Tinoco—. Tenía que dar su firma.

—Yo le notifiqué puescrito —comentó don Joel, con voz femenina y silvadora—.

El serrano, a esta sazón, permanecía oculto en los cercos inmediatos.

—Yo no puedo estar —decíase a sí mismo— onde el chino y su abogao les quitan el monte a las lagartijas de Farfán; me niego a firmar tamaño abuso Sólo ño Ambrosio Zipirán, que tamién jué teniente, ve claro el engaño que nos hacen. ¿Onde irán a criar sus animales tanto pobre?

Al día siguiente, don Ambrosio Zipirán, le refería a Espíritu:

—Yo me vine sin firmar el acta. Que en tiempo de faique y algarroba podrán meter su ganao a Montesierpe los Chaiguaques, Pairazamán y otros principales. La demás gente con terreno meterán apenas veinte cada uno. Y los que no tienen nada que arrendarán pagando. Pero el alquiler dizqué será en fanegas de arroz y no en biyetes. ¡Una fanega por cada animal que paste!

—¡Dios mío! ¿Y naides protestó —dijo, escondiendo su dolor, Espíritu—.

—¡Naides! La gente de Farfán miraba de reojo a los platudos desde lejos, como ovejas que ven el zorro, replicó con acento mordaz, el ex-teniente.

—¡A lo hecho, pecho! —agregó el serrano—.

—¡Los pobres se fregaron! —recalcó Zipirán.

• • •

En menos de una semana, don Felipe hizo cercar todas las manchas de algarrobos y huarangos de la comunidad farfaneña.

El guardián de Montesierpe, Urbano Chuquitucto levantó su choza en un boquete, en medio de dos dunas elevadas, en la parte del yermo farfaneño. Además, al frente de su choza, puso una tranca "la tranca de Montesierpe".

Desde aquel día, las personas que miraban el despoblado comunal miraban sólo médanos y pampas Miraban apenas un campo seco, una suerte de cabeza humana sin cabellera de árboles grandes y pequeños. Miraban un zapote o una huaca en una que otra parte. ¡Veían la desolación en el paisaje!

Cierta vez, Espíritu y Silencio, parados en la cúspide de un cerro, hablaban del erial. Y Encarnación, con la vista de lince en el desierto, le confesó a su socio:

—Me contaban los viejos quel algarrobal de Montesierpe jue comunidá del caserío, pero que un tal Manzanares lo pleitó y se hizo dueño de ese monte. . Quitaron a nuestros padres Montesierpe —exclamó suspirando—, a nosotros nos yevan el último algarrobo. ¡Qué barbaridá!

—¿Y no le dolerá la conciencia a ño Chaiguaque y a ño Joel? —preguntó Espíritu.

—¡Conciencia no tienen! —afirmó Encarnación. Como ellos pueden criar animales en sus chacras y en Montesierpe, qué les va a doler ni un poco. ¿Y no sabe otra novedá? —añadió, en voz baja, luego de haber guardado un silencio breve—, ¡quiá don Práxedes Bigote lia tocao treinta fanegas de arroz pilao al año por sus servicios en la venta!

—¿Y al doctor Tinoco? —volvió a interrogar Espíritu—.

—¡Plata y terrenos pa su arroz! El chino le dará más plata y más terrenos —exclamó, fingiendo sonreir, Encarnación—.

* * *

Desde entonces ya no les fue posible criar animales de monte a los pobres de Farfán. Los dueños de pequeñas chacras se vieron obligados a amarrar sus animales en los cantos de las acequias, llenas siempre de junco y gramalote. Sólo continuaron viendo aumentar sus hatos los propietarios grandes, quienes, cada fin de cosecha, pagaban, con sacos de arroz en cáscara, el "pastaje de medio año" Espíritu, al contrario, abasteció de algarroba propia sus pocos animales.

* * *

Don Felipe, entretanto, miraba con malos ojos al serrano. Sin duda había tomado nota de su ausencia en "el deslinde de los montes". Y su animosidad, como una planta, fue creciendo hasta ponerse airosa: la regaban sus lacayos con el agua turbia de sus chismes.

—Que don Zipirán, don Crespo y don Silencio están apalabrando a los patones'e Farfán a deshacer el cerco de Montesierpe.

—El paisano se esponja como boa, no sabe a quién picar

Y el hacendado de Chimocapa, sensible a las hablillas de su gente, condensaba su repulsión a Espíritu en esta frase:

—¡Ese paisano malo, mucho flegando ya!

En puridad de verdad, Espíritu no causaba daño alguno a Montesierpe. Al revés, fue este algarrobal el que empezó a causarle males. . Cuando no quedó ni una vaina al pie de los árboles —el tiempo de algarroba es de febrero a junio—, los vaqueros de Chimocapa y los grandes de Farfán llevaron sus animales a las tierras de rastrojo. Las reses bravas, sin embargo, fieles a su querencia soledosa, se negaron a dejarla. Pero en el bosque no había nada que comer. Y las cimarronas "ayunaron" varios meses. Hasta que cierta noche, atravesando el cerco que, en algunos sitios, los médanos no se cansaban de enterrar, cayeron sobre las siembras de El Espinal, la chacra más próxima a la selva. Cayeron a El Espinal las noches sucesivas. Y Espíritu y Encarnación, tornándose valientes, intentaron atajar las reses. Pero las bestias implacables seguían entrando a los sembrados. Espantóse Espíritu de la desgracia, y una noche, él, su socio, y dos hombres más, igual que toreros a caballo, lidiando a cada paso con la muerte, hicieron el milagro de llevar las reses bravas, en compañía de otras mansas que sirvieron de "ma-

drinas", al corral público de Pueblo Lloco.

—Exigo que el dueño de estas vacas bravas, ques ño Felipe Fu Ching, me pague una chacra de frijol y otra de lentejas —clamó Espíritu al corralero, lo mismo que al jefe de los guardias—.

◆ ◆ ◆

Pasaron algunos días.

Y el ganado montaraz apareció, de nuevo, en las chacras del serrano. Y, otra vez, él, al trote de su mula, se trasladó a Pueblo Lloco, donde no halló ni la indemnización del hacendado de Chimocapa ni la justicia del jefe de los güardias.

Más tarde, en Farfán, encontró agravios. Le salió al encuentro, una noche, Agripino Papún, jefe de los vaqueros de Chimocapa, borracho como siempre, y, de buenas a primera, le retó a darse dos patadas.

—No corras, gayareta —profería el costeño—. ¡Te vas a fragar muy pronto! ¡Pelea! ¡Ya verás!

---

(1) **Chilalas.**— Aves que edifican sus nidos de barro en las ramas altas de los árboles.

(2) **Huerequeques.**— Aves zancudas de los eriales costeños.

CAPITULO XVI

COMO bajan las crecidas en enero, los serranos de los campos fluyen al litoral todos los años; mas no descienden a conocer la costa o a solazarse en ella, sino a ganar una talega de soles en el trasplante y en la deshierba del arroz. El trasplante del arroz se hace en diciembre y en enero, y la deshierba en marzo. No bajan contra su gusto de sus cerros los andinos, atados con la soga del enganche (1), como ocurría antaño: los hace salir de sus cumbres la pobreza, el látigo brutal de la miseria. De Chusuc, de Yopadón, de Coribamba de Yatagual y de Cumbicos, de los lugares más ignotos de Cajamarca y Amazonas, bajan los campesinos como rebaños de borregas: como borregas sí, tocados con la lana avejuna de sus ponchos

Y al litoral, en busca de trabajo llega cada año la **paisanada** (2): todo sudor y **llanques**, todo hediondez y alforjas, todo pringue y carrillos inflados por la coca. Y los indios llegan con doble lengua en lugar de una, la incaica y la española; y, con una, la española, los mestizos. Y ambos, los indios y los mixtos, preguntan al llegar:

—¿Tuavía habrá trabajo en las haciendas?

◆ ◆ ◆

A Farfán, cada verano, para las faenas del arroz, arriban los **cadaudones**, indios de **Cadaudón**, una aldehuela de Coribamba, quienes se han acostumbrado al sitio. Y son tan conocidos los indios cadaudones en Farfán, que los capataces de Hua-

bal y los propios farfaneños no les llaman por sus nombres sino por sus sobrenombres:

—Oye, Juan Shansho, ¿harás tus dos tareas comuayer?

Pero de tanto vivir en el agua y ser carnada de los zancudos, los indios **cadaudones** cogen la malaria. Con la enfermedad dentro del cuerpo, solventan a precio de oro lo bien ganado en plata: tornan con fiebres a su tierra, a medicinarse por el espacio de muchos meses con brevajes de hierbas y arbustos misteriosos. Cuál más cuál menos, todos padecen las consecuencias del viaje. Aniversario Quispe, por ejemplo, al volver a sus lares se halló con la sorpresa de que su mujer se había fugado con un tal Noé Paredes, ex-mariscal herrador de un regimiento.

Al contrario, Benigno Humala, natural de Calate, llegó a Farfán con una cholita hermosa como flor, a quien según las malas lenguas, había sacado a la fuerza de su casa. Y él, temeroso de justicia, no volvió nunca más a su querencia.

Algunos yopadoneros pobres, **yanasas**(3) de Espíritu, venían a laborar en las propiedades de éste en ciertas ocasiones. Venían directamente a la vivienda de su paisano, con alforjas ahitas de quesos y patatas. Y Ña Candela y su marido, en la presencia de los labriegos, miraban la vera efigie de su tierra, y suspiraban.

◆ ◆ ◆

Durante el estío, Farfán y Huabal eran hormigueros de peones. De obreros andinos y criollos. Entre los peones de la costa resaltaba la cuadrilla **de morropanos,** indios de exóticas costumbres, autóctonos de Mórrope. La reunión de estos hombres no se hospedaba nunca bajo techo: dormía al cielo raso, sin cobijas, en la ceniza ardiente de las dunas. Y sucedió que al tiempo de hundir las manos en la hierba del **arroz un morropano** fue mordido por una víbora. Mataron la culebra rápidamente sus compañeros, y luego, también, rápidamente, con una cuchilla marca "Toro", le amputaron la carne de la herida, vendándola después con una tela. Pero el pobre **morropano** principió a inflarse como un globo... Cuando el sol mermó sus fuegos, llevaron al doliente en una camilla al hospital de Pueblo Lloco; mas no llegaron a poblado los norteños porque el enfermo murió en el recorrido. No velaron al difunto al otro día, no le hicieron funerales; los **morropanos** le enterraron en un hoyo abierto por los **huaqueros**(4) en las inmediaciones altas de Farfán, abundantes en sepulturas de los yungas.

◆ ◆ ◆

Espíritu, mientras tanto, firme en su propósito de proteger su siembra de la embestida de Montesierpe, se había mudado a El Espinal, dejando en La Culebra a su amigo Encarnación, quien, con Melchor Condeso, cultivaban ahora este vergel, unas veces como **partidarios**(5) y, otras, como **cuartaparteros**(6).

No fue necesario prestar mucha atención a El Espinal porque las bestias cimarronas dejaron de venir, ocupadas como estaban en rumiar el **faique**(7) y la algarroba de la selva. Y quiso la suerte, entonces, que el ex-Capitán Collazos abandonara Chimocapa, disgustado, según se dijo, con los hermanos de su esposa, don Loto y don Fabián, **injertillos**(8) vanidosos en plena pubertad. Espíritu, ante la nueva, comentó:

—¡El causa de mis males deja herencia!

(La herencia del ganado bravo).

Pero éste continuaba sin salir de Montesierpe.

Llegó julio.

Y Espíritu y Encarnación cosecharon la cereal madura.

Acababa el primero de ventilar su grano, cuando llegaron a su casa visitas de su tierra: Eleodoro Azul y su mujer, Clementina Orcón, y Ludalicia, hija **maltona** de la pareja. Como Eleodoro y Clementina eran **compadres espirituales** de Espíritu y Ña Candela, fueron recibidos por éstos con vivas señales de alegría. Parecióle bien a la familia Crespo dar comilonas a la familia Azul. Bailaron varias noches al son de caja y flauta. Cantó Espíritu. Cantaron sus amigos. Gimió Eleodoro en su flauta de pincullo(9). Y no fue la **marinera**(10) de los costeños, tan diferentes de la andina, la que subió al cielo estrellado de Farfán: fue la entonada letra de la andina la que ascendió como un cometa triunfal:

Al pie de la lima dulce
donde nace el agua fría.
Al pie de la lima dulce
donde nace el agua fría,
entregué mi corazón
a quien no lo merecía.
a quien no lo merecía.

Bajaron las palomas,
cholita, a tomar agua,
y el palomo les dice
¡tiende tus alas, cholita!,
¡tiende tus alas no má!

Al bailar Filemón con Ludalicia sintió, de repente, que el árbol de su adolescencia se cubría de flores imprevistas, que en la rama de su pecho recitaba un zorzal un cántico de mieles, y que Ludalicia, idéntica a clavel o clavellina, le hacía feliz como jamás le había hecho muchacha alguna.

◆ ◆ ◆

Al despedirse de los Crespos los Azules —repletas su alforjas de arroz pilado, frutas y viandas de la costa—, pidieron esta sola gracia a sus compadres:

—Dénse un campito y suban pa'setiembre a velar el Patrón de Coribamba; ño Corcuera dizqué, el hacendado de Cachil, será estiaño mayurdomo.

Todos a una los Crespo repusieron:

—Tal vez se pueda, compadritos; tal vez nos dejen libres los atrasos.

¡Y voló el pensamiento de los Crespos hasta el paraje montañoso de Yopadón, a manera de un cóndor que vuelve del océano al nidal rocoso donde nació!.

---

(1) **Enganche.**— Trabajo obligado a realizarse en las minas de la sierra o en las haciendas de la costa a cambio de un pago anticipado.
(2) **Paisanada.**— Gente de la sierra.
(3) **Yanasas.**— Amigos íntimos.
(4) **Huaqueros.**— Buscadores de tesoros en las huacas.
(5) **Partidarios.**— Sembradores que tienen derecho a recoger la mitad de la cosecha.
(6) **Cuartaparteros.**— Sembradores que tienen derecho a recoger la cuarta parte de la cosecha.
(7) **Faique.**— Vaina seca del espino.
(8) **Injertillos.**— Despectivo de injertos (mixtos de chino con otra raza).
(9) **Pincullo.**— Flauta. Arbol del cual se hace flautas.
(10) **Marinera.**— Baile típico peruano.

CAPITULO XVII

ESPIRITU se quedó paladeando el agridulce tamarindo de un posible viaje a Yopodón, en una fecha próxima.

—Si no puedo pa'San Hilarión —se dijo— subiré con mi Canducha pal 2 de noviembre a ponerle su corona'e flores a mi taita y a mi mama.

Siendo él de suyo amante de sus chacras, no pudo viajar a su tierra porque, una vez agotada la algarroba en Montesierpe, la cerril ganadería volvió a arrasar los sembrados de su tierra. Volvió el esforzado andino a luchar cara a cara con las fieras, las cuales, a fuerza del hábito, se habían vuelto astutas.

—Sian amatrerau estos diablos —vociferaba el chacarero—.

Y añadía:

—Y ni un rodeador de Chimocapa, ni el Chuquitucto, ni el ojo jalau de ño Fu Ching, ni ño Joel, ni naides, miace caso.

Apenóse Espíritu de que sus siembras le atajaran. Y mucho más le entristeció esta súbita desgracia: halló una tarde los restos de un toro cimarrón de Montesierpe bajo unas chilcas, espesura natural que, por el lado del septentrión, era cerca de su terreno. Y, al punto, veloz como la luz vehemente de un relámpago, discurrió:

—El chilcal lua muerto al toro. Se enredaría el diablo y se murió diambriento. ¡Carajo, ño Fu Ching va a pensar que le he muerto su animal!

Pensó correctamente Espíritu porque, una vez

que los gallinazos hicieron pública la muerte del toro bravo, don Felipe Fu Ching, don Loto, don Fabián y los vaqueros de la hacienda, llegaron al punto a El Espinal con el objeto de observar el cadáver y deducir las causas de su muerte. Pero, como suele decirse, las cuentas estaban claras y el chocolate espeso: ninguno de los presentes halló pie para inculpar a Espíritu de haber dado muerte al toro. Sin embargo, en el preciso instante que don Felipe abandonaba El Espinal seguido de su gente, dejando ver unos dientes caninos casi negros, le amonestó al serrano:

—¡Que no vuelva a matal tu chilco a mi tolo que cuesta miles!. ¡Oyendo bien, amigo!

◆ ◆ ◆

Muy a su placer notaron Espíritu y su socio que la brutal ganadería no visitaba sus sembrados. Los vaqueros de Chimocapa, al parecer habían tomado las providencias necesarias.

◆ ◆ ◆

Ondeaba ya un febrero ecuatorial, ondeaban ya los cultivos de arroz en todas partes, cuando Ña Candela le dijo a su marido:

—Andate tú no má a Yopadón, nuay como dejar tanto animalito.

—Aurita mismo —asintió el hombre—. Das gozo el carnaval, y me paso a Cajamarca a verme con mi cholo.

◆ ◆ ◆

Colmado de más alforjas que mercachifle transeúnte, ataviado de una corbata de preceptor primario de los campos, Espíritu apareció en su tierra en un momento favorable. Eleodoro y Clementina, sus compadres, Esaú Cosavalente, el arren-

datario de El Potrero, sus amigos y enemigos de Yopadón, le recibieron con afecto.

—Has venido trayendo el carnaval —le saludaron—.

Espíritu, satisfecho de verdad, **carnavaleó**(1) lo más que pudo. Tomó aguardiente de caña dulce de los **temples**(2). Comió queso ahumado con pan tierno. Se hartó de los manjares deliciosos que, con manos de artista, sabe aderezar la sierra **quechua**. Dio vueltas y más vueltas al bailar **cachuas**(3) y marineras. Se divirtió mojando a medio mundo con agua de los puquios. Y azotó, con las palmas de su mano, las duras pantorrillas de las yapadoneras jóvenes, leal a las prácticas del sitio. Y cantó. ¡Claro, que cantó! . Cantó las coplas agudas del tiempo de carnaval. Coreó, hasta el cansancio, estas típicas tonadas:

—Estos carnavales,
¿qué me podrán dar?
¡A los nueve meses
guagua que criar!

Arriba, caballo moro,
sácame de este arenal,
porque tengo un compromiso
el martes de carnaval.

Y no solamente cantó Espíritu. También trajo a tierra, de unos cuantos hachazos, el árbol policromo de la **yunsa**(4), en compañía de Lorenza Cuzcano, una mujer amiga de los hombres... Los días del carnaval se fueron, y Espíritu siguió bebiendo **caña**(5); permaneció, como un **ushún**(6), libando el zumo de las flores del amor clandestino de Lorenza. Al fin, luego de quince días de

jolgorio, el hombre bajó a la costa con más velocidad que cohete.

◆ ◆ ◆

Apenas había puesto los pies en la estación del tren —en Chimocapa—, y Espíritu y el infortunio fueron uno solo. La frutera farfaneña, doña Eulalia Farromeque, madre de Condeso, le atravesó el corazón con esta nueva:

—¡La niña Dolores yes dijunta! ¡Les dio la bubónica a sus hijos! ¡Vaya coriendo a velos!

Partió a todo correr Espíritu a El Espinal, mientras hablaba en alta voz consigo mismo:

—¡Las ratas! De razón había tanta rata por los cercos y la casa... Puel río, en Tembladera, así jue miacuerdo un año, y casi murieron todos... ¡Ah, maldición, maldición! ¡Mejor será volverse diuna vez!

Y su dolor, su súbito dolor de espada ardiente, le fue fabricando un nudo en la garganta, le fue construyendo un medanal de sombras en la ruta.

Cuando llegó a El Espinal no encontró allí a nadie. Halló únicamente las cenizas de su choza. Y él monologó en seguida:

—¡Mian quemau la casa los costeños!

Confuso, sin saber qué cosa hacer, llamó con un silbido de serpiente a su esposa y, al instante, Ña Candela le respondió desde la parte elevada de la chacra:

—¡Aquí estoy!

Casi en un soplo se puso Espíritu delante de los suyos, a quienes halló sentados en torno a un fogón pequeño, y les quedó mirando de un modo extraño, como si no los conociera. Y, al punto, le habló Ña Candela con voz entrecortada:

—¿Pa'qué te demoraste tanto? ¡La shulquita se murió!. ¡Nuabía tarde que no tesperara comua Dios!

No pudo seguir hablando. Lanzó gritos y sollozos estentóreos que, al momento, movieron a llorar a Espíritu y a lloriquear a los menores.

Más tarde, Ña Candela refirió:

—Das resultaron con hinchazón en los sobacos el Filemón y las chinitas, con fiebre que los asaba, cayendo en la cama como muertos. Y yo sin saber qué cosa dales; los froté con aguardiente noche y día. No pasaron ni dos días, cuando llegaron ño Joel y ño Chaiguaque a decirme quiabía prendiu la bubónica en la casa, y que yo me saliera al monte con los enjermos paque ellos quemen el rancho y muera el mal. Me vine al monte llora y llora, sólo la Virgen sabe cómo, cargando en mi bayeta a los enjermos quia boqueaban de malotes. Desde aquí, a la oración, vi quemarse nuestra choza, y me entró un sentimiento y una pena al saberme huacha en tierra ajena. ¡Dios se lo pague!, La Colorada y Ño Silencio miayudaron con la caja y los vestidos..

—¡Ya se vengaron estos perros envidiosos! —le interrumpió Espíritu a su mujer—.

Y ella continuó:

—Aquí los cuidé solichita, sin pegar los ojos varios días. Y una noche, ya de madrugada, la shulquita, questaba ya sin conocimiento, das boquió como angelito. A la Jerónima y al cholito les reventó felizmente la hinchazón, botaron pus en cantidades, y ya los ves convalescientes... ¡Ay Patrón de Coribamba!, quiera que no la Estílita y Encarnación miayudaron a sepultar mi criatura al pie deste tronco de algarrobo. ¡San Hilarión, Virgen de Guadalupe, ayúdenme a salir deste invierno de la costa, salven a mis hijos que me quedan!

Con la cabeza gacha y a paso lento, Espíritu se encaminó al lugar de la tumba salvaje de su pequeña. Y encima del sepulcro, a tiempo que ponía una cruz hecha de palos por él mismo, sollozó larga y agitadamente, hasta humedecer la arena tibia con sus lágrimas.

(1) **Carnavaleó.**— Gozó la fiesta de carnaval.
(2) **Temples.**— Zonas cálidas.
(3) **Cahuas.**— Bailes autóctonos de ritmo ágil.
(4) **Yunsa.**— Arbol carnavalesco.
(5) **Caña.**— Aguardiente, cañazo.
(6) **Ushún.**— Insecto que hace su propio dulce de las mieles de las flores.

CAPITULO XVIII

ESTANDO los costeños con el temor de que se extienda la bubónica a todos los bohíos, llegó de repente a Farfán uno, al parecer, cumplido caballero, don Teófanes Vergel, quien, según se supo luego, era nativo de Guatún, poblado de Cajamarca y, para decirlo de una vez, hombre de pelo en pecho.

Le dicen **Matasiete** —le susurró al oído un trabajador serrano a Espíritu— porque ha muerto siete vivos, pero yo digo que sia templao a más cristianos.

Don Vergel —como le llamarían todos en adelante—, un mestizo entrado en años, no se detuvo en Farfán sino que pasó, escoltado de tres jinetes, a la selva de Montesierpe. Y al instante corrió esta voz a paso de galgo:

—¡Luan traído de administrador de Chimocapa!

Pero nunca hizo papel de "administrador" el **guatunero**(1), sino que se empleó de guardaespalda de don Felipe. Sucedió a don Coyao. Y el valiente solía despepitarse en público:

—¡He venido a enderezar los palos torcidos de la gente! ¡Ya verán! ¡Ya verán!

◆ ◆ ◆

Con muchos soles terminó el año.

Y con muchos soles, también, se hizo presente el Año Nuevo.

¡Todos adivinaban la sequía!

Mas apenas llegaron los primeros "aumentos de agua" al caserío, Espíritu y Silencio cubieron de **arroz minagra**(2) El Espinal. Y el arrozal, al poco tiempo, aunque mordido por la sed, llegó a ponerse hermoso.

◆ ◆ ◆

¿A quién golpea la desgracia con sus manotas de **granito**?...

Notó, una mañana, Espíritu, que el ganado cimarrón de Montesierpe había arruinado su arrozal. Y el hombre se dedicó, como antes, a fortificar los cercos de su chacra. Y los daños minoraron.. Pero una punta de reses bravas continuó viniendo, en altas horas de la noche, a destruir la cereal: éstas tenían a un hermoso toro negro por capitán. ¡Toro matrero el toro negro! Acostumbraba entrar por el lugar donde los médanos envuelven a la tierra de cultivo. Cada tarde reforzaba Espíritu el cerco con ramas y alambre, y cada noche el toro semental destruía el trabajo.

Harto ya el serrano de andar en peleas con el toro, cegado por la furia, le dijo a Ña Candela

—¡Pienso templarme al toro negro!

—¡Dios nos ampare! —exclamó la mujer—.

—¡Nuay más remedio! —gritó Espíritu—.

Y en esa misma noche plantó en el lado bajo del portillo una lanza grande de carrizo, un venablo macizo y puntiagudo. Luego, se volvió a su choza a tratar de conciliar el sueño.

El alba sería ya, cuando se oyó un bramido horrible.

Corrieron al portillo Espíritu y su mujer, y hallaron al toro negro que ya era cadáver, atravesado el pecho por la lanza.

Con toda serenidad, el serrano sacó la lanza del cuerpo muerto, y la llevó consigo a su vivienda, donde la convirtió en cenizas.

Entretanto, amaneció.

¡Y amaneció también la nueva del toro muerto!

A cabo de rato, visiblemente serios, llegaron al lugar del accidente don Teófanes Vergel, don Loto, don Fabián, vaqueros de Chimocapa, Chuquitucto, las autoridades de Farfán, y, también la gente farfaneña. Más tarde, a eso del mediodía, llegó una pareja de guardias civiles.

Muchas preguntas hicieron las autoridades a Espíritu. Sin sacar en limpio nada, todos se fueron por la tarde, dejando en el sitio el cadáver de la res. Al parecer, todos tenían la sospecha de que Espíritu había muerto al toro de un balazo. Sin embargo, no le llevaron preso.

Dormía Espíritu en su casa, cuando fue despertado por unos fuertes golpes en la puerta y alguien que llamaba a toda voz:

—¡Abran la puerta! ¡Es la policía!

Espíritu obedeció.

Los policías penetraron. Espíritu, en el acto, a la luz de un candil a kerosene, reconoció al sargento Paco Sáenz, inconfundible por tener el pelo ensortijado y la cara colorada, quien, algunas veces, llegaba a la casa de Evaristo Chaihuaque a fiestear. Y el sargento le habló sin ambages al serrano, a tiempo que acariciaba su fusil con una mano y asía su bayoneta con la otra.

—Estás denunciao de tener armas de fuego, paisa.

Y les mandó a sus inferiores:

—¡Regístrenme la casa!

Los guardias y el sargento examinaron cada una de las cosas que había en la casa sin hallar siquiera una escopeta. De pronto, descubrieron un cuchillo en una hendija de la **quincha**(3). Y Sáenz, luego de contemplar la hoja de acero a su placer, la introdujo en el bolsillo de su chaqueta.

—¿Y ésto? —le preguntó al serrano—.

—Mi cuchillito pa pelar los animales —respondió Espíritu—.

Buscando y rebuscando a rajatablas, el sargento halló la caja de caudales, y le ordenó a Espíritu que la abriera.

Espíritu obedeció.

Comenzó el sargento a revolver la balumba del arca envejecida —billetes de Banco y piezas de vestir—, y luego, le dijo a su víctima en tono autoritario:

—¿Con qué no tienes armas, nó? ¡Pues ora vas a decirme ónde las tienes a culatazos!

Y les gritó a sus subalternos:

—¡Amárrenlo, y yévenlo pal médano!

Los guardias así lo hicieron. Y, en el médano, el sargento le habló a media voz a Espíritu, luego de devolverle su cuchillo:

—No quiero fregarte, paisa. La hacienda quiere pruebas de armas pal juicio del toro que cuesta una fortuna. Si yo quisiera, te haría sacar un arma de la misma sepultura, y la entregaría luego al doctor Tinoco. Pero he pensado algo mejor. Dáme a mí y a los guardias unos cuantos biyetes de la caja, y no te comprometo. ¿Aceptas o no aceptas?

—¡Acepto! —replicó Espíritu.

Y ahí mismo, con la venia de Ña Candela, a la luz del mismo candil a kerosene, Espíritu con-

tó el dinero requerido al sargento y a los guardias.

◆ ◆ ◆

Corrieron algunos días.

Y en Farfán y en Chimocapa la gente murmuraba:

—¡Yatá enjuiciao don Crespo Matatoro! ¡Le embargarán sus propiedades! ¡Taba ya por las nubes el paisano!

Pero la justicia no buscaba al serrano.

Se le ocurrió entonces a Espíritu ir a conversar con el doctor Tinoco en Puerto Chimo.

Y viajó al puerto.

—¡Buenos días e Dios! —le dirigió el saludo al abogado desde la puerta del bufete, con un sentimiento de temor—.

—¿Para qué me buscas, cangrejo? —le atajó el saludo el abogado—. ¿Acaso soy yo tu defensor, cretino?

Y le indicó la calle con su mano.

◆ ◆ ◆

Como siempre, don Teófanes Vergel, montado en su mula, visitaba todos los días Montesierpe, exhibiendo unas veces un fusil y otras una escopeta. Y ni él, ni Chuquitucto, ni los vaqueros de la hacienda, dirigían la palabra a Espíritu.

Entonces el serrano acabó por darse cuenta que había crecido a su lado una muralla de rencor y venganza; tuvo el presentimiento de que, en cualquier instante, iba a ser víctima de un atentado.

(1) **Guatunero.**— Natural de Guatún.
(2) **Arroz minagra.**— Cierta variedad de arroz común.
(3) **Quincha.**— Pared de cañas y barro.

CAPITULO XIX

CUANDO por mal tomaba Espíritu la ociosidad de Chimocapa, llegó de Cajamarca su hijo mayor, Segundo, quien ya había dado término a sus estudios en el colegio.

La presencia del colegial sirvió de bálsamo tranquilo a Ña Candela y de alivio para todos.

—Nos acompañarás estiaño —le dijo Ña Candela.

—Sólo un mes, mamá —replicó Segundo—. Tengo que viajar a Lima a estudiar la carrera de abogado.

Libre un tanto del dolor que le había causado la muerte de su hermana menor, Dolores, Segundo, en compañía de Filemón, transitó todas las direcciones, conoció todos los parajes. Y, sin caer en cuenta, fue muy pronto la admiración de costeñas y costeños, quienes decían de él:

—¡Es hijo de Don Crespo el **Mono Lindo**!

¡**Mono Lindo**! Querían decir gallardo. Porque el estudiante era espigado y de semblante hermoso.

Y sucedió que, en el andar suave de los días, Segundo se sintió de pronto enamorado. Y era su amor repentino por la primogénita de don Saúl Chaihuaque, una trigueña quinceañera de grandes ojos negros, que tenía por nombre Zunilda.

El amor del muchacho y la muchacha no se pareció al amor costeño de otros jóvenes que no se andaban por las ramas —más deseo de la carne núbil que regocijo espiritual—; fue un amor más idealista que corpóreo. Como dos figuras de

la dicha, ellos iban a cazar palomas en los bosques y gallaretas en las ciénagas. Una vez, con permiso de Chuquitucto, cazaron patos en las lagunas de Montesierpe, donde cogieron la blanca flor de **lapa**[1], que ondula en la superficie de las aguas.¡ La blancura de esta flor y el vuelo rimado de las garzas eran como espejos que copiaban el amor del colegial y la costeña!

Por quererse tan ostensiblemente, la pareja fue durante muchos días —hasta que el adolescente viajó a Lima— la comidilla de Farfán. Y los Chaihuaques principales, que malquerían a los padres de Segundo, sintieron una súbita inclinación por ellos.

◆ ◆ ◆

Al poco tiempo del viaje de Segundo, su hermano menor se aleccionó también en el amor. Velaba, una noche, Filemón una era de arroz, en compañía de Emperatriz Silencio, hija de Encarnación, esposa de Cardenal Yalanca y madre de dos criaturas del color antiguo de los yungas; dormía ya el muchacho entre la tibia paja del cereal dorado, cuando fue bruscamente vuelto a la vigilia por el calor extraño de un cuerpo de mujer que estaba al lado suyo: principió su corazón a darle martillazos en el pecho, percibió uno como galope de caballos en su sangre, y experimentó, por fin, flamear la pureza de su cuerpo como hoja seca en un incendio, y el muchacho, como si fuera a cometer un crimen, se decidió a tentar el cuerpo desnudo de Emperatriz, se aventuró a oprimirlo entre sus brazos.

---

(1) **Lapa.**— Flor blanca y airosa de las lagunas y fangos de la costa.

CAPITULO XX

—¿QUIEN? —gritó Espíritu, a tiempo de caerse de la silla de su mula, a causa del fuerte garrotazo que una **imagen de aspecto humano** le acababa de aplicar en el pescuezo, súbitamente y a traición—.

—¡Para oy te parió tu perra madre! —respondió la **imagen**. . . (y su conminación hizo como un ziszás de fuego en el espacio de la noche), mientras se deslizaba hacia el boquete donde su víctima se había desplomado—.

—¡No lo remates, luaremos rezar primero un padrenuestro! —terció en esto otra ilegible presencia humana, la cual, en junta de otras dos, bajaba velozmente, garrote en mano, por una de las bandas del portachuelo—.

—¡Son ladrones, cuatro salteadores estas **sombras**: o me matan o yo los mato! —se dijo el serrano al concentrar las luces de su mente—. . . (y su mano cogió nerviosamente su revólver, arma fidedigna que, por un milagro quizás de San Hilarión de Coribamba, le acompañaba en este trance).

Y pensó, fingiendo no dar síntomas de vida:

—¡Debo tirarme al cabecilla!

Esto apenas acababa de pensar, cuando disparó su revólver con tan buena puntería, que la **imagen** que había dicho "padrenuestro" se desplomó en el acto.

Los acompañantes del hombre que había dejado seco Espíritu, como transformados en **huere-**

queques piernilargos, huyeron despavoridos.

Una soledad de cementerio reinó entonces. Se levantó el serrano y principió a reconocer al muerto por la cara. Y cuál no sería su sorpresa al advertir que era la cara de don Teófanes Vergel. Y entonces, él, sin poder reprimir su cólera, le voceó insultos al cadáver, luego de quitarle una pistola grande y un cuchillo.

—¡Carajo!. ¿Con qué me ibas a matar, guapote? ¡Mátame ahora, guatunero! ¡Levántate, si puedes!.

De ahí a poco espacio, Espíritu se dirigió a su casa a pie, porque su mula se había escapado en el momento mismo de la pelea. Llegado que hubo le dijo a su mujer:

—¡Nos fregamos, Candelaria! Me palomée a Ño Vergel, quemia'saltó, con otros más, en el Portachuelo de los Duros. Tengo que salir volando aurita mismo. . Prepárame la alforja con fiambre, acomoda mi poncho y mis zapatos, y también pónme un tercio de billetes.

Hizo maquinalmente Ña Candela todo lo que Espíritu le ordenaba; y, éste, con el sombrero puesto **a la pedrada**, partió, al trote **de su mula**, rumbo al despoblado del Oeste, no sin antes proferir:

—¡Entierra das la plata onde teníamos el revólver!

◆ ◆ ◆

Venido el nuevo día, a tiempo que la luz solar se dilataba en todas partes, relampagueó de pronto la sensacional noticia. Todos a una publicaban:

—¡Luan muerto a don Vergel!

—¡Está en el Portachuelo de los Duros!

—¡Don Crespo está fugao!

Cuando el sol acrecentó sus fuegos, una inmensa multitud miraba estupefacta el rígido cadáver del guatunero. Los propios hacendados de Chimocapa —el padre, los hijos, los parientes— tenían la faz atormentada. Media docena de policías y el sargento Paco Sáenz parecían tener una expresión de piedra. ¡Nadie decía una palabra!

Como a las cinco de la tarde llegaron al teatro del crimen los siguientes personajes: el Juez Instructor de la Provincia, doctor José Budes Tenorio, chachapoyano; el Médico Titular, doctor Wenceslao Javier, oriundo de Pueblo Lloco; el abogado Ladislao Tinoco; el Actuario,Chumbioque; y de **yapa**, los Fu Chines, don Joel, don Pepe Luis, don Práxedes Bigote, la marimacha Pimentel, y los vaqueros y sirvientes de la hacienda. Sólo brillaron por su ausencia Evaristo y Saúl Chaihuaque. Sin demora alguna, el doctor Budes dictó la **sumaria** a Chumbioque, la cual decía en una de sus partes: "El occiso falleció a causa de una bala de revólver disparada por mano ajena desde pocos metros de distancia, pues el proyectil ha perforado la parte frontal de la cabeza, advirtiéndose en el cuero cabelludo una herida de las siguientes dimensiones, etc."

A poco, el magistrado ordenó:

—¡Levanten el cadáver!

Concluída la ceremonia, autoridades y hacendados, jineteando sus monturas, se dirigieron a Chimocapa.

A cabo de rato, casi en la anochecida, pasaron por la calle principal del caserío los restos de don Teófanes los vaqueros y caporales de la hacienda, a quienes seguía los pasos la viuda, una india de Guatún, madre de tres muchachos de aspecto miserable. Y el fámulo notable de los chinos, Santos

Tello, iba invitando a los vecinos de Farfán:

—Vengan a Chimocapa pal velorio.

Todas las autoridades y casi todos los vecinos, teniendo en cuenta la desaparición de Espíritu, le sindicaron como asesino de Vergel. Muy de mañana, al otro día, el sargento Paco Sáenz detuvo a Ña Candela y la llevó a la hacienda de los chinos, donde la interrogó con amenazas. Pero ella sólo repetía:

—¡No sé ónde estará el Espírito, señor! Ayer se jue a buscar un animal puel despoblao y no parece.

Como Ña Candela continuara sin decir otra cosa, caído ya el mediodía, el sargento la trasladó a la cárcel mixta de Pueblo Lloco, culpándola de "cómplice de homicidio"

◆ ◆ ◆

¿Dónde se hallaba Espíritu?

Gendarmes de la costa y la sierra empezaron a buscarle como aguja en un pajar. Los rastros de su mula se perdían en los primeros estribos de la cordillera. Y el sargento Paco Sáenz, al volver a Pueblo Lloco, clamaba a sus subalternos:

—¡Luabrá tragao la tierra al paisa!

Espíritu, entre tanto, reposaba en el día y en la noche viajaba. Viajaba serenamente. Pero una vez, muy de mañana, tuvo la sensación de que el puñal tomado a don Vergel se clavaba en su pescuezo. Sobre la montaña de su cueva, un contrafuerte solitario, comenzó a volar un cóndor rojo. ¡Arriba estaba el ave y abajo estaba él! Y entonces le asaltó un recuerdo lacinante: la muerte del cóndor **paco** en Yopadón, antes de su viaje al litoral. Y él se dijo mentalmente:

—¡Está cobrándome su muerte el cóndor paco!. ¡Ora yo soy el muerto puacabajo, y él vuela contento encima mío!.

Viajando de este modo, viajando secretamente como el zorro borreguero, dio Espíritu una noche en la hacienda **Cañabrava,** llena de cuevas y montañas, que muy poca gente conocía. Y su caso le contó a su padrino, don Juárez Anacleto, el viejo propietario de la hacienda. Y don Juárez, que siempre le había tenido aprecio, le dijo a manera de orden:

—¡Quédate nomás!

Con el ánimo maltrecho salió de la cárcel de Pueblo Lloco Ña Candela, a quien una sentencia aterradora le sonaba en los oídos a cada rato:

—¡Te quitarán tus tierras, pobre vieja!

Y así fue.

Días más tarde, don Felipe Fu Ching —acompañado del doctor Tinoco, del sargento Paco Sáenz, y de los lacayos de la hacienda— tomó posesión de El Espinal y La Culebra, "cumpliendo un auto del Juez" —le dijo el abogado a Encarnación Silencio— que ordena el embargo preventivo de los bienes del reo ausente, como garantía del pago por reparación civil"

—Don Felipe, patrón de la víctima —añadió Tinoco—, toma estas tierras y el ganado en nombre de la viuda...

Y le volvió las espaldas en seguida.

CAPITULO XXI

ÑA CANDELA y sus hijos se volvieron a su tierra. Hicieron el viaje en el crujiente **tren de sierra,** y en el coche de segunda clase.

Fueron a decirle adiós en Chimocapa sus amistades infalibles: Encarnación y su mujer, Emperatriz Silencio, don Ambrosio Zipirán, Emetrio Niño, La Colorada, doña Eulalia Farromeque, Melchor Condeso y otras personas más. Ña Candela pretendió llevar consigo a su perro "Fierabrás", pero los inspectores del coche se opusieron. Emperatriz díjole entonces:

—Yo cuidaré su pero, señoráp.

—Diarriba mandaré un propio a que lo lleve —respondió la viajera, con una faz de Virgen Dolorosa—.

Y tornó a despedirse.

No bien puso los pies en El Potrero Ña Candela, tierra que había sido de su padre, don Aniceto Ninan, cuando la acribillaron a preguntas sus paisanos:

—¿Paqué sia regresao, ña Candelaria?

—¿Onde está ño Espírito? ¿Lia dejao?

—¿Ha muerto, dizqué, el compadre a un faite?

—¿Cierto, dizqué, anda corrío ño Crespo?

Respuestas evasivas daba ella.

Sabía perfectamente que la gente de su tierra era chismosa y **sabulona,** esto es, amiga de saber la vida ajena.

Hubo luego la mujer de tener dificultades con Esaú Cosavalente, el arrendatario de El Potrero, pues éste, a pesar de que el contrato de locación había terminado, se obstinaba en continuar en posesión de la dehesa. Al fin, perdió Esaú. Y la mujer, con el dinero salvado en el desastre de la costa, comenzó a comprar algunas vacas, cabras y borregas

Cierta vez, en altas horas de la noche, llegó Espíritu a El Potrero, y le dijo a su mujer:

—Don Guárez miayuda, Dios'e lo pague, hastaoy. He abierto una tierra que naides lu sembraba desdel tiempo'e los gentiles, ques una pampita encima diun peñón; en mayo tendré papas y llacones. Y vivo, tamién ahí en una cuevita'e piedra'e barro onde vivió el gentil, laque'e limpiao de güesos y callanas. Ahí, Candelaria, ni el Shapi puede hallarme, a no ser que me denuncie un yanacón de mi padrino, el Severiano Corbo, que dicen todos ques fregau.

Harto quiebro mi cabeza pensando paqué miasaltaron los matones, y quienes acompañaron a Vergel. Miandaban pasteando los bandidos. Me cortan el pescuezo sino eran los demás el Santos Tello y el Chuquitucto. Sinuestoy, Candelaria, conel arma enel bolsillo miabrían muerto comua perro y sepultao dasdás en Montesierpe...

Ora depende nomá que no me agarren los guaiIulos. Don Guárez mia ofreciu averiguar el juicio. Tengo que seguir durmiendo con un ojo y aguaitando con el otro, como el puma o el guashguash.

—¡Dios nos ha castigado —remató el secreteo Ña Candela —pua ambicionar la plata! Aquí no es

tábamos tan mal. Me sangra el corazón al ver las tierras que vendimos a los Suyos, que ya se parecen de panzones a ño Chaiguaque de Farfán.

*

Yendo con el entusiasmo del estudio en la Capital —había logrado ingresar oportunamente a la Universidad—, Segundo recibió la nueva del revés de su familia en una carta de Zunilda. Y el jovén sintió en el acto que la tierra se abría bajo sus pies.

—¡Tendré que buscar trabajo! —se dijo para sí.

Y, dejando la pensión donde vivía, fue a instalarse en la casa de un matrimonio ayacuchano, el cual subsistía del alquiler de unos cuartos de madera en la terraza. Pero frente a las habitaciones había algunas jaulas de gallinas. Y el estiércol de las aves había vuelto maloliente la azotea, además de bulliciosa. Sólo en la noche había paz. Y Segundo maldecía:

—En la triste situación de un gallo vivo. Y en más triste situación. El gallo tiene compañía, amor quizás. Y yo no tengo a nadie. Pero me haré profesional. ¡Saldré de este infierno alguna vez!

Y, a la vuelta de unos meses, reflexionó·

—Mi carrera, la abogacía, es larga y yo no tengo plata. Me haré profesor

Pasaba el tiempo y nadie le escribía de su casa. Y entonces la imagen de sus padres se volvió una idea fija en su cerebro.

—Debo ir a verlos —decíase a menudo—.

Sus padres, a la sazón eran objeto de todas las desgracias. Alguien había noticiado a la Guardia Civil de Coribamba que Espíritu venía, en altas

horas de la noche, a su casa de El Potrero. Y la Guardia Civil, desde entonces, asaltó la casa en varias ocasiones.

Tal vez si a causa de estos años de tortura y sobresalto, Ña Candela cayó enferma gravemente. Un sufrimiento crónico le devoraba las entrañas. Pero ella seguía trabajando como un hombre. Y sólo por las noches se quejaba:

—Un animal me come el interior, parece quel maldiciau come de noche y de día duerme —le reveló una vez, a su comadre Clementina—.

—Comadrita —explicó Clementina Orcón—, ese animal es el **pulsario**, y es hijo de la pena. No come con sus dientes sino rasca con sus uñas, y, a veces, se atraviesa en la garganta. Que venga Ña Tudela a que le pulse.

Cuando bajó de la puna a Yopadón la curandera halló a Ña Candela enflaquecida y ojerosa, postrada por la enfermedad. Luego de palparle el vientre con las manos, exclamó:

—¡El pulsario está muy viejo! ¿Por qué no me llamaste antes, Candelaria?

—¿Ya no me curaré? —dijo con voz ahogada la pacienta—. . . ¡Ay Ña Tudela, Ña Tudela, no me quite Dios la vida sin que mi hijo, questá en Lima, acabe sus estudios! Al fin, los otros se quedarán a sufrir, aunque guachos, en lo propio y en su tierra"

—¡Cállate, mujer! —replicó la bruja—. Y, retocando las puntas de su mostacho como de hombre, añadió:

—Comerás tarde'e mañana la cecina de vaca con harto ají amarillo, y esto lo asientas, ¡mioyes!, con dos dedos ralos de cañazo, mejor si juera pis-

co; y, tamién, comerás la panza del venau y el buche de cóndor paco. ¡Y ya verás como te sanas, china vieja!

En tanto que la bien barbada bruja se volvía a su casa de las punas, un rayo de sol vesperal resplandeció en el cuarto y en los ojos de la enferma.

CAPITULO XXII

LOS MESES se arrastraban poco a poco, a paso lento de caracol baboso de los **temples.** Venido, al fin, diciembre, cierta vez, en el mercado de "La Parada", Segundo se dio de manos a boca con Cardenal Yalanca, el marido de Emperatriz Silencio, con quien había hecho buenas migas en Farfán. Segundo le habló afectuosamente, invitándole enseguida a tomar cerveza en una cantina:

—¿A qué has venido a Lima? —le preguntó—.

—A vender mangos —contestó el norteño—. He traído una camionada. Como nubo ónde sembrar aroz puel embargo de los terenos de Don Crespo, me hice negociante.

—Bueno, Cardenal —le susurró Segundo, luego de probar el primer vaso de licor —¿qué le pasa a Zunilda que no escribe? Hace cosa de medio año que se ha quedado muda.

—¡Qué le va a pasar, Segundo! —declaró Yalanca—; le pasa que está con gayo ahora. Y con gayo de pico de oro, don Loto Fu Chin, hijo mayor de don Felipe. Y el otro chinesco, don Fabián, de gayo tamién de Benedicta, ques la que sigue a la Zunilda.

—¿Y ellas les corresponden a los chinos? —demandó el joven, visiblemente emocionado—.

—¡Sí! Les coquetean puel interés. Es don Chaiguaque y su mujer que les meten los chinos a las hijas. Saúl siacaba de casar con doña Aquila, pues eran amancebaus nomás, y el padrino

ha sido Loto. ¡Un casamiento de primera! Orquestas y regalos. Jaranearon casi un mes. Si vieras hoy el rancho de don Saúl: radio que no se caya noche y día, espejos en todas partes. Fiestas cada domingo y almuerzos con camionadas de licor. Lia venío la suerte a don Saúl; hoy tiene sus centavos, lo mismo que don Pepe y Evaristo. El aroz, que ya subió de precio, los ha vuelto adineraos, y gastan plata como afrecho... Oye, y don Saúl anda diciendo y repitiendo: —"¡Poco me falta para ser dueño de Chimocapa! ¡Ja! ¡Ja!

—¿Y tú crees que los chinos se casen con las muchachas? —amplió su pregunta el estudiante—.

—¡Qué va! —replicó Yalanca—. Don Felipe siopone, está que marca fiebre. Dice que don Chaiguaque es gente campesina, que sus hijos merecen algo mejor de Lima o el extranjero. Y ya los manda, dizqué, a estudiar pa ingenieros al Brazil. Los chinescos no son zonzos. Luacen tan sólo po picar; que ya picaron dicen muchos, pero hasta hoy no sale cría

—¿Y los terrenos de mi padre? —clamó Segundo, poniendo punto final a la cuestión de las Chaihuaques—.

—Embargaos, enlomismo —manifestó Yalanca un poco triste—. Los posee Chimocapa, pero don Tinoco nomá los siembra; no ves ques abogau de la viuda de Don Vergel.

* * *

A este tiempo, Segundo había vencido ya los exámenes del último año de estudios de su carrera pedagógica. Y estaba que ardía en deseos de salir en busca de sus padres. Pero había una dificultad: le faltaba amortizar los adelantos de dinero que la "Empresa Funcraria J. Mier & Cía.", de la cual era servidor, le había dado a muchos ruegos de su parte. Porque él trabajaba en esta sociedad comercial de enterramientos desde el tiempo de su ida a la casa de los ayacuchanos. Trabajaba y estudiaba. Y su quehacer (que le aguzó la vista de los ojos y el vocablo de la lengua) era difícil en exceso: tenía que vivir rondando los enfermos graves de las Clínicas, y, tras mucho palabreo, lograr que los deudos de la persona que iba a fallecer aceptaron los **servicios** de la empresa. Y a Segundo, que estaba hecho a la vida y no a la muerte, al campo y no a los hospitales, le asqueaba esta ocupación abyecta de enterrador de muertos. Y siempre terminaba limpiándose el espíritu y el cuerpo con la pócima de algún soliloquio breve como éste:

—Esto lo hago por necesidad. Es un medio y no un remate de mi vida. Mi meta es el estudio, mi carrera. El día que sea profesional este quehacer odioso me sabrá a pesadilla. ¡Ten valor, Segundo Crespo! ¡Aguanta! ¡No te acobardes en la cuesta! ¡Sube! ¡Sube! .

Poco más de dos meses y medio actuó Segundo todavía entre muertos y ataúdes. Y cierto día de verano viajó a su querencia. A Yopadón, al hogar de tejas rojas de El Potrero, llegó a caballo. Llegó cuando la luz cenital cubría el mundo. Sorprendió a su madre en el patio de la casa, bajo un toldo, acostada en un pellejo de venado, endeble como un huso y cadavérica. Y su madre le reconoció en el acto con unos ojos caídos al fondo de sus cuencas, y le habló llorando con sollozos:

—¡Esto rogaba a Dios, hijito! ¡Verte antes de que me muera! ¡Porque me muero sin remedio!

—¡Sanarás, madre mía! —murmuró Segundo—.

Y no pudo decir más. Excitado y confundido, se puso a acariciar el rostro escuálido de su madre. Estando en esto, llegaron de los cerros de la finca sus hermanos, y su dolor, como por toque de milagro, perdió vehemencia.

Quiso él, desde ese mismo instante, que su mamá consintiera en ser trasladada a Coribamba, pueblo donde, según decían, había un joven médico. Pero Ña Candela resistía la tentación argumentando:

—¿Pa qué moverme de mi casa? Mi mal no tiene cura! ¡Quiero morir en el mesmo sitio onde murió mi padre!

Y Segundo se fue solo a la ciudad. Buscó al facultativo, quien era chiclayano, un tal Dubois, y le explicó los signos de la dolencia de su madre. Dubois le prescribió unas cuantas medicinas, aconsejándole de **yapa:**

—Tráigala a mi consultorio.

Infinidad de veces visitó Segundo la ciudad en busca de remedios. Y la gente llamóse a cuentas de quien era, tratando de ganarle con lisonjas. Porque a esta sazón los lugareños estaban en víspera de elegir un diputado. Y habían dos candidatos para el cargo: don Luis Lejano, de la facción de los humildes, y don Mario Curuyásca, de la facción de los pudientes. Don Mario, un hacendado joven, era sobrino del viejo gamonal. Tadeo Curuyásca, que había representado a Coribamba en el Congreso durante muchos años. "Dios con sus amigos y Satanás con sus enemigos" llamaban todos a don Tadeo, por ser éste implacable en sus vindictas. Grueso, más bien mestizo que blanco, la fiereza de su rostro hacía pensar

en aquellos generales incaicos que solían beber chicha en la calavera de los vencidos. Amo de pongos y yanacunas de sus haciendas, amo de Coribamba, amo de medio mundo. Su lugarteniente en Coribamba era don Ruperto Sacristán, hombre de finos modales, zorro, labioso y mujeriego.

Y cierta ocasión don Ruperto, más conocido con el apodo de "Soplaviento", le habló sin tapujos a Segundo:

—¿Tú estás, joven amigo, de mi parte o en contra mía? Si lo estás, como espero, este mismo año tendrás puesto de profesor. El poder de don Tadeo pasa las fronteras de la patria.

Y le tocó los hombros con la diestra.

—No deseo tener color político todavía, señor Sacristán —replicó Segundo—.

La respuesta del joven indignó en el acto al capitulero. La interpretó como si Segundo hubiera dicho: —"Estoy con sus contrarios". Y ese mismo día le escribió al gran cacique:

—"Un cholo yopadonero, que se crió con su patas en el suelo, y quioy dizqué es universitario en Lima, un tal Segundo Crespo, hijo dese Espíritu quiandan buscando las guardias por matón en Pueblo Lloco, está aquí dando luces a nuestros enemigos, según me soplaron unos cundas que militan con Lejano y que yo los he comprau secretamente.

Marque usté, señór, con fuego vivo el nombre de este cholo, mientras yo me encargo que los guardias busquen a su taita, etc."...

◆ ◆ ◆

Cuando leyó la carta de "Soplaviento" don Tadeo, quien, en esos días, cuidaba su vejez de cha-

chacomo (1) en "Las Botijas", la más hermosa de sus haciendas, masculló en seguida:

—¡Seré tu cuchillo, cucaracha! Tiaplastaré sin asco, yopadonero! ¡Aguarda, aguarda un poco!

Y sin poder reprimir su cólera, con el rostro un tanto amoratado, golpeó con uno de sus pies el pavimento, como si de veras hollara una sabandija.

• • •

Ña Candela se puso grave al poco tiempo. Y Segundo, Filemón y otros parientes, en una camilla, bajo toldo, la llevaron a Coribamba, con el fin de ponerla en manos de Dubois.

El médico, tras examinarla prolijamente, le musitó a Segundo:

—¡Está pasada de cáncer, y a las puertas de la muerte! Le voy a poner unas inyecciones para atenuar el dolor de su agonía.

Ahí no más, al término de dos días, la paciente perdió la palabra y, luego, la lucidez. Y principió a respirar ruidosamente. Así estuvo largas horas hasta que, de un momento a otro, dejó de jadear: ¡se le escapó la vida de los ojos!

Al velorio de Ña Candela asistió mucha gente: mujeres de luto, adeptos del político Lejano, labriegos, artesanos, Lejano y Sacristán.

Al otro día, una compacta multitud acompañó a trasladar la caja negra con los restos de Ña Candela al cementerio, entre el tañido grave de las campanas. ¡Excequias imponentes! Cargaron el féretro pobres y principales: el doctor Dubois, entre los últimos.

• • •

Espíritu, a todas éstas, enterado de la muerte de su mujer, dejando su cueva de felino y armado hasta los dientes, viajero de las sombras, se decidió a correr peligro. Desde una abra del peñón bermejo que cobija a Coribamba, espió, con ojos nublados por las lágrimas, el entierro de quien, como nadie, le había sido fiel y verdadera. Cuando los hombres dejaron caer el ataúd pesado al fondo de la tumba, en plena tierra, Espíritu se quejó sombríamente:

—¡Con ella a mí me entierran!

Y lloró en silencio.

Por casualidad, en ese mismo instante, Segundo decía para sus adentros:

—¡Tengo que reemplazarla!

El sol temblaba aún en ese instante. E, inopinadamente, cayó un chubasco, una delgada lluvia bajo el sol. Y, a lo lejos, de cosecha de tal lluvia, un nítido arco iris se hizo puente entre la tierra desigual y el cielo azul.

CAPITULO XXIII

SEGUNDO, a este punto, salió de Coribamba en compañía de sus hermanos, mientras llegaba a sus oídos un clamor callejero:

—¡Viva don Mario, diputado! ¡Viva don Tadeo! ¡Viva Coribamba!

Vitoreaban así a don Mario Curuyásca sus adictos. Y Segundo le dijo a Filemón:

—El no representará a la provincia. El verdadero hombre seguirá siendo don Tadeo.

◆ ◆ ◆

Lo que sucedió en El Potrero no fue cosa del otro jueves. Pasaba allí las noches Espíritu, quien, con el cabello blanco a causa de las angustias y los años, dijo a Segundo en el momento mismo de marcharse a su escondite:

—Mi situación sia empeorau. La mula se rodó por una peña. Los guardias jueron por mí a la Cañabrava. Y mi padrino, don Gúarez, atao de pies y manos puel mal reumatismo; si él estira la pata, ¿ónde iré que los guailulos no me agarren? ¡Aunque si me agarran será sólo mi pellejo!

Luego, poniéndose menos trágico, le aconsejó:

—Vende unos animalitos pa que te güelvas al esudio, quiaura tus hermanos, huachos, no se alcanzarán a criar muchos Yo seguiré dándole quite a los guailulos como el zorro borreguero a "Fierabrás" Pero tú, haciéndote el de piedra, anda a volverte un educau a que los principales no te pisen el poncho como a mí.

Y se despidió con un abrazo.

Al día siguiente, Segundo bajó a la costa.

◆ ◆ ◆

Atónito quedó el joven al llegar a su habitación de pobre en Lima. Le pareció digna de un presidiario. Y se echó a buscar inmediatamente una más habitable: alquiló una muy espaciosa en la terraza de un hogar chachapoyano. No bien estuvo en su nuevo cuarto, cuando empezó a escribir una tesis para la Facultad de Educación, trabajo con el cual, luego de muchas dilaciones de los catedráticos, obtuvo el diploma de profesor secundario, en los últimos días de ese mismo año.

Entonces, por la noche, a modo de gallo que antes de cantar mueve las alas jubiloso, despertó a su viejo dolor para anunciarle:

—¡Tendrás que dejarme, amigo! Ya voy a trabajar. Luego, me haré abogado.

Cuando llegó el verano, él, con su diploma entre las manos, se fue al Ministerio a gestionar trabajo.

Habló, una y otra vez, con altos y bajos empleados.

—Regrese —decían ellos—.

Hasta que cierto día, cuando el calor ya aminoraba, un empleado le dijo sin embages:

—Quería servirlo, joven. Pero acaba de llegar un **memorial** de las autoridades de Coribamba, ciudad de Cajamarca, las cuales piden que no se le brinde oportunidad alguna, por cuanto usted ha sido capitán de montoneros hasta hace poco.

Y dio por terminada la entrevista.

Frío, con el semblante demudado por la impresión, Segundo, en silencio, gritó en lo más hondo de su alma como si lo hiciera en las interioridades de una cueva:

—¡Es obra de Sacristán! ¡Actúa la mano negra de ño Tadeo!

Pero, más tarde, en su casa, con el ánimo ya sereno, filosofó de esta manera:

—Me quitan el pan de la boca mis paisanos. ¡Está bien, coribambinos **importantes!** Sepan una cosa, sin embargo: ¡no pereceré! ¡Seré más que ustedes, algún día!

◆ ◆ ◆

En resolución, con el espíritu templado, Segundo se aplicó en seguida en tocar las puertas de varios colegios particulares, los cuales, como es sabido, son más instituciones de comercio que de enseñanza. Yendo y viniendo de colegio en colegio, los que hacían gala de nombres campanudos —"San Pablo de la Cruz", "El Pedagogo de este Siglo", "Colegio Inglés Modelo", "El Paradigma", "Colegios Inglés San Lucio", "Platón y su Academia", "The Family", "El Método Paredes", etc.—, Segundo llegó a ser aceptado como profesor de Ciencias Sociales por la directora de un colegio de mujeres, "La Mujer Contemporánea"

◆ ◆ ◆

Del ínfimo producto de sus clases vivió Segundo durante varios años. Ganaba menos que un **lustrabotas** o que un mayordomo de casa grande. Y a causa de su sueldo miserable, no pudo dejar la terraza de los chachapoyanos, a quienes se les dio por convertir el tejado en gallinero. Y Segundo raciocinó como otras veces:

—Otra vez de gallo estoy, de amigo de los gallos. ¡Es horrible! Si me dedicara a vender, por ejemplo, mondongo en "La Parada" no estaría aquí sino en vivienda propia. Si fuera chofer de una carcocha, ganara lo suficiente. ¡Paciencia! ¡Paciencia!

El tiempo transcurrió.

Y Segundo —profesor de colegio, y, además alumno de Derecho— consiguió más horas de clase en otros colegios privados. Comenzó, luego, a escribir sobre temas pedagógicos y sociales en diarios y revistas. Y, muy pronto, los profesores de la Universidad le tuvieron por un buen alumno en atención a sus exámenes.

◆ ◆ ◆

En estos años, de vez en vez, llegaba hasta su cuarto la correspondencia de su hermano, de prosa jeroglífica elocuente. En una carta, Filemón le informaba lo siguiente: "Enterrau don Guárez, nuestro biejito tubo que salir de la acienda que la arrendó ño Seberiano Corvo, ques dialma atravesada; entón el taita juyó al algarrobal di Ascope onde siembra pallar con otro nombre. Aura ño Sacristán es suprefecto de Corivanva"...

Y, en la última, le decía:

"Bajé a Farfán llebando unos quesitos que me mandó pedir ña Pimentel, y las Chaiguaques no me ablaron, será porque están de nobias con los chinos. Me dio mucha pena nuestra casa, onde biben los peones de ño Tinoco"...

◆ ◆ ◆

Al fin, en el andar pausado de los años, Segundo se hizo conocer en el ambiente.

—Sus ensayos sobre la Reforma Agraria —comentaban sus amigos— convencen al más recalcitrante. ¡Lástima que no se anime a inscribirse en un partido!

Así las cosas, cuando él, que ya había alcanzado los treinta años, tuvo dos bellas sorpresas casi juntas: se enamoró de una limeña, Esther, y ganó un concurso internacional en México.

CAPITULO XXIV

POCO fue necesario para que Segundo se graduara de abogado, luego de presentar un trabajo sobre la ley agraria en el Perú. Su novia le dijo entonces:

—Con tu bufete saldrás de la pobreza. Dedícate desde mañana mismo a tu bufete.

—Primero —le advirtió Segundo— quiero vivir mis ideales. Estudiar, enseñar. Volverme un hombre útil para los demás. ¿Bufete? ¡A la vejez quizás lo tenga!

—Me es difícil comprenderte —suspiró Esther—.

—Me doy cuenta —habló, con acento lastimado, él—.

◆ ◆ ◆

Y sucedió, más tarde, que Segundo recibió una nueva carta de su hermano, en la que, entre otras cosas, le decía:

—"La Gerónema, china ingrata, se juyó con el Isidro garra, el colorao Racacho, asíes que yo tengo que pegar la candela y trabajar solito.

Procora darte das un salto hasta la casa, pa que me digas lo que siace, etc." .

Sensible al reclamo fraternal, Segundo viajó a su tierra sin demora. En ella, sorprendió a su hermano menor probando un mate de caldo de chochoca con harina de cebada.

Pasados algunos días, Isidro Garra y Jerónima —los jóvenes fugados— volvieron a la casa.

E, inmediatamente, Segundo y Filemón fueron a Coribamba a casar a la pareja.

Terminado este asunto, Segundo partió a la costa.

◆ ◆ ◆

¿Cuánta actividad desarrolló Segundo en Puerto Chimo? ¡Ni él mismo llevó la cuenta! Luchó hasta ser escuchado por el doctor Tinoco en el asunto de las tierras de su padre. Don Ladislao, a la sazón, ya no era el mismo hombre de antes. Se había vuelto obeso como un capón. Y hablaba silabeando las palabras, al modo de hombre tartamudo. Más que viejo, daba la impresión de estar muerto de cansancio.

—Colega —silabeó el hombre prematuramente anciano—, creo padecer de **surmenage**. Soy millonario pero no soy dichoso. Que ya mi mujer me pide miles. Que ya mis hijos me piden miles. Que ya mis queridas me piden miles. ¡Sólo sirvo para ganar los miles! ¡Y ya este oficio me cansó! Quiero irme lejos a descansar un tiempo. ¡Y los juicios y las siembras de arroz me sujetan!... De lo que me hablas, no hay inconveniente alguno. Además, la viuda de Vergel desapareció de Chimocapa sin dejar ninguna huella; dicen que un **faite** la llevó con los muchachos y las monturas del difunto.

—¿Entonces presentaré un **interdicto** al Juez de Primera Instancia?, —exclamó Segundo, a tiempo que la luz de una sonrisa se columpiaba en su semblante—.

—Hazlo no más, y cuenta con mi apoyo —replicó, siempre silabeando las palabras don Ladislao—.

No sólo presentó Segundo el pedimento nece-

sario al Juez de Primera Instancia —que continuaba siendo el doctor Cacho y Cacho— sino que habló personalmente con él. Y el magistrado que, por fortuna, era enemigo político del viejo Curuyásca, le ofreció su protección de buena gana.

◆ ◆ ◆

En Farfán, de visita a doña Anselma Pimentel, Segundo conversó de esta manera con la hombrada:

—¿Qué es de don Pepe Luis Chaihuaque?

—¡Jirviendo en los peroles del injierno!

—¿Y don Joel, el teniente?

—¡Tamién bajó a las pailas!

—¿Y las hermanitas Chaihuaques?

—De queridas de los chinos.

—¿Y doña Aquila y don Saúl?

—De alcahuetes de las hijas.

—¿Es cierto que Fu Ching se ha tullido, como afirma don Ladislao?

—¡La verdad, oiga usté! Lo llevaron nosióndc el extranjero a que le corten el lau que tiene muerto.

◆ ◆ ◆

De ahí a poco, Segundo viajó a Trujillo, ciudad donde la Corte de Justicia iba a fallar su litigio. Habló, rogó, obsequió a los magistrados. Y éstos, blandos a los presentes, declararon fundada su demanda.

¡Qué victoria! Ahora su padre volvería a tener terrenos en la costa.

¿Acaso estaba libre él?

Sí. Su culpa había prescrito ya.

Y, entonces, Segundo se dijo para sí:

—¡Lástima que mi madre no esté viva!

Vuelto a Farfán a punto, después de muchos trámites, Segundo tomó posesión de las chacras de su padre. Y, de un momento a otro, se vio rodeado de los vecinos, quienes le dijeron en alta voz:

—¿De veras rescataste ya las tierras?

—De veras —replicó él—.

Y los farfaneños, grandemente emocionados, empezaron a decir:

—¡Esto se yama güeno!

—¡Un hombre es este joven!

—¡Un abogado senciyo!

—¡Muy bien, Segundo Crespo!

E, impetuosamente, todos abrazaron a Segundo, felicitándole por su proeza, y todos le rogaron:

—¡Quédate con nosotros!

El no dijo nada.

Pero la gente le miró, días después, andar solo por las dunas y las pampas. Así, yendo y viniendo de un lugar a otro, descubrió cierta vez que uno de los médanos que rodeaba a El Espinal tenía, de medio a medio, una abertura: nota que lo hacía parecerse a un gran camello echado. Tal agujero era obra de los vientos, de la erosión marina. Y al joven le nació una idea en el acto: regar las llanuras del Oeste... A cabo de rato, algo como un círculo de luz palpitó en su rededor, y él dijo para sí:

—Por este boquete haré un canal. ¡Un acueducto formidable! ¡Lo haré de todos modos, aunque deje aquí los huesos!

Esto estaba hablando, cuando desde el fondo de su espíritu, vociferó una hesitación:

—¡Tu proyecto es cosa de ingenieros y millones! ¡Ja, ja! ¡Tu proyecto es imposible! ¡Ja, ja!

—¡Nó! —contestó calladamente él—. Irrigaré el desierto, sin ser ingeniero ni ricacho. Llevaré el agua a los criales. ¡Haré posible lo imposible!

Y el hombre tuvo apariencia de alucinado o soñador.

Muchas y muy grandes frases le dijo a doña Aneslma en la hora de la comida.

Y, sin demora, llegado el nuevo día, viajó a la sierra a verse con su hermano.

—¡Segundo! —prorrumpió alegremente Filemón al ver llegar a su hermano mayor a la choza de El Potrero, casi a la anochecida—.

—¿Qué novedades? —le preguntó Segundo—.

—Güenas y malas —contestó aquél—. Malas, que el león se comió al "Fierabrás" questaba viejo. Güenas, quen la iglesia de Coribamba tocan las campanas po la muerte de ño Tadeo.

—¿Has hecho algo de comer? ¡Me muero de hambre! —indicó el recién llegado de la costa, esbozando una sonrisa, sin duda alguna de satisfacción por la muerte del gran cacique regional.

—¡Apura, Ludalicia! ¡Yes de noche! —replicó maquinalmente Filemón—.

—¿Te has casado ya? —exclamó, sorprendido, el viajero—.

—¡Luacabo de robar en mi caballo! —le dijo, en voz baja, el de El Potrero—. La china estaba por juirse con el Francisco Gallo. Hoy está mansita como ves.

Y Segundo, sin dejar de sonreir, fue a saludar a Ludalicia Azul en la cocina.

◆ ◆ ◆

A Dios gracias, esa misma noche llegó Espíritu a El Potrero. Pero él, antes de alcanzar la puerta de la choza, con el ánimo visiblemente pertur-

bado, les musitó a los jóvenes:

—¡Perdonarán mi falta, hijos, pero he traído una mujer! Una anciana como yo. Está parada ajuera.

—¡Está bien! —se apresuró a decir Segundo—. ¡Entren no más con confianza!

Y Espíritu y su vieja compañera pasaron el umbral de la puerta.

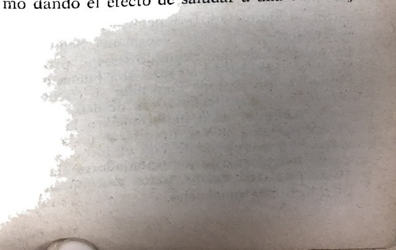
Todos probaron la merienda luego, a la luz de un lamparín de kerosene. Y, al final de la comida, Segundo declaró tomando un aire serio:

—¡Padre, ya estás libre! Los terrenos de Farfán, de igual manera. ¡Bajemos mañana mismo a nuestras tierras!

—¡Gracias, hijo! —gimoteó Espíritu—. Pero no cuenten conmigo pa la costa. ¡Váyanse ustedes que son juertes!. . ¡Yo, como el buey enfermo, quiero morir en mi majada!

Nadie le replicó. Pero todos le abrazaron entre contentos y llorosos.

Cuando empezaba a clarear el nuevo día, infinidad de pájaros salvajes jorgeaban al cantar, como dando el efecto de saludar a una vida mejor.



CAPITULO XXV

DE nuevo en Farfán, Segundo reunió a todos los vecinos, y les habló de esta manera:

—Amigos de Farfán, comuneros como yo; deseo hacer algo por el sitio. Ustedes, costeños, son descendientes de una antigua comunidad chimú que vivió labrando el suelo de este valle; una comunidad de agricultores y alfareros que levantó ciudades y murallas, y, que, más que con los hombres, luchó bravamente con la arena. En el presente, a pesar de las desgracias, nos queda todavía mucha tierra sin sembrar: la llanura del Oeste. El agua del Río no puede llegar a tal llanura porque los cerros que bordean nuestras chacras son tranqueras. Y, como sabemos, no hay año que las aguas empozadas no maten una parte del arroz. Lo que yo pretendo, amigos, es que llevemos las aguas al desierto y lo hagamos producir. ¿Les parece bien?

—¡Sí! —dijeron los farfaneños—.

—¡Entonces, a la obra! —exclamó Segundo—.

La novedad de que Segundo Crespo proyectaba regar el despoblado alcanzó una buena altura. Al respecto, los jóvenes Fu Ching se encogieron hombros como manifestando su desdén. Don Ladislao le concedió poca importancia a la noticia. Los Chaihuaque, a su vez, no dijeron nada porque simpatizaban secretamente con el joven. Quienes hablaron mucho fueron los trabajadores sin terreno. Cuál más cuál menos, todos murmuraban:

—Ta loco este muchacho.

—Güeno el pensamiento, pero hace falta miles.

—Es obra pal Gobierno, los chinos hacendados y los gringos.

—Ideático el paisano —subrayó un peón criollo—; lua venteao el aire de la pampa, lia seco el cerebelo el sol diandar tanto sin sombrero—.

—¡Qué lendo! —le dijo La Colorada a su marido— tener onde sembrar en costa, nosotros que no tenemos un pedacito de tierra.

Ahí no más, un tanto asustados, llegaron a Farfán los hermanos de Segundo: Filemón y su mujer y Jerónima y su hombre. Entonces él se puso a trabajar: comenzó a abrir el acueducto del desierto con apenas seis peones, quienes, en carretas, llevaban la arena a las afueras. Segundo, en mangas de camisa, rindió como un obrero, aunque sudando a chorros y con las manos ampolladas. El corte, que era ancho, avanzaba lentamente. ¡Ancho y profundo tenía que ser el corte!. . Y al joven le pareció bien ir a buscar un **caterpillar** en Puerto Chimo. Alquiló uno, y lo trajo a El Espinal. Con esta máquina ahondó el boquete a un ritmo acelerado. El canal llegó a su fin, pero faltaba el agua. Y Segundo se puso a rabiar porque el Río aumentara de volumen.

Mas, de pronto, surgió un inconveniente: la arena de los lados de la brecha, movida por el viento, principió a llenarla poco a poco. Y Segundo se aterró: ya no tenía plata ni entusiasmo. Pero, de nuevo, en compañía de sus hermanos, volvió a encararse en la arena. Realizaba este trabajo cuando la masa farfaneña, a la sazón sin trabajo, le rodeó sonriente, manifestándole:

—¡Hemos venido a ayudarte, amigo! ¡Aquí están nuestros brazos y palanas! ¿Qué debemos hacer ahora?

—¡Evitar que el canal sea cubierto por la arena!

Entonces todos los hombres se pusieron a trabajar durante varios días, hasta abrir de nuevo lo cerrado.

• • •

Sucedió en este tiempo que la Acequia Madre de Farfán llegó de bote a bote: la lluvia de la sierra se hizo presencia, al fin, en la acequia principal. Al instante, la gente se fue a mudar los viveros de arroz en las amelgas. Y Segundo, solo, se dedicó a pasar el agua por el canal. ¡Cerca de una semana pasó el agua al despoblado! Y **el diluvio de las aguas fue sobre la tierra,** como dice el Génesis..., y **prevalecieron las aguas sobre la tierra** del desierto —medanales y hondonadas— cerca de quince días.

Cuando las aguas se devanecieron, la forma del erial era distinta a la primaria: los médanos habían perdido sus ápices de cuerno, se habían desmoronado fácilmente.

Al fin, de nuevo dio la arena en tapar el acueducto. Y, al momento, pensó Segundo:

—¡Este canal será pronto destruído! ¡Es necesario reemplazarlo por un tubo de cemento!

La idea era brillante. Pero el joven se acordó que estaba sin dinero. Sin embargo, viajó a Puerto Chimo con los espíritus resueltos.

De vuelta a Farfán les dijo a los vecinos:

—¡Se necesita mandar hacer un tubo que cuesta mucha plata! Una empresa constructora puede hacerlo. ¡Juntemos el dinero!

—¡De acuerdo! —contestaron serranos y costeños—.

• • •

Recaudó los miles necesarios el gentio.

Y la firma constructora "Fiel" de Puerto Chimo, en el espacio de tres semanas, dio término a la obra.

El arenal, al poco tiempo, volvió a llenar el cauce artificial y el tubo de cemento. ¡Pero el agua pasó sin dificultad alguna al yermo por el tubo!.

¡Y, de buenas a primeras, comenzó la gente a hacerle fiestas al desierto: se puso a empalmar el acueducto y un gran número de acequias laterales ¿Quién dirigía el trabajo? ¿Quienes trabajaban? ¡Costeños y serranos! ¡Pobres y principales!. . ¿Apellidaban Isla, Pairazamán, Chafloque? ¿Apellidaban Pimentel, Cuscando, Crespo?... ¡Apellidaban pueblo y nada más!

Y al ver el entusiasmo con que trabajaban estos hombres, Segundo les dijo sonriendo:

—De este modo, en sociedad, laboraron los **gentiles.** Vuestro trabajo colectivo se llama **minka**, un esfuerzo gratuito y entusiasta. Las obras más importantes del antiguo Perú fueron creaciones de la minka. En esta misma tierra que pisamos abrieron surcos y canales los **minkeros.** Nuestra obra es importante —¡hacer productivo el suelo eriazo!—, porque es obra de todos y no de uno, porque es fruto de paz y no de guerra...

—En mi tierra decimos **minga** —dijo en voz alta un trabajador serrano, al cual le abultaba un carrillo el bolo verde de la coca—.

—Es lo mismo —contestó Segundo—.

Y todos se echaron a reír.

• • •

Al cabo de unos pocos días, una buena parte del terreno comunal estaba bajo riego. Y la gente, con picos y palanas, rebajó el declive de los cerros: hizo prevalecer en el desierto una voluntad

de tierra llana. Entonces Melchor Condeso sugirió a Segundo:

—Y hora, Segundo, que cada persona siagarre un lote. Anoche acordamos todos que tú agarres la mitá. Evaristo calcula que son tres mil hectárcas las que podemos sembrar de grano grueso, no ves questán cimarrones los terenos.

—No me parece bien —repuso aquél—. Ustedes deben sembrar la tierra juntos. El día que ustedes, comuneros, vuelvan parejo este lugar como un tablero, divídanla si quieren. ¡Ahora, no!... Sembrar esta tierra cimarrona, como dices, demanda el esfuerzo colectivo. Yo no quiero la mitad de los terrenos, ni la tercera parte, ni siquiera una yugada. Yo quise ganar la tierra inculta para ustedes: para tí, Melchor, para el desheredado de Farfán, para todos los serranos y costeños de Farfán.

—Pero tú también eres comunero —le recordó Condeso—.

—Es verdad —convino el joven—. Y no quiero salir de comunero. Si tomara la cantidad de tierra que me ofrecen, me convertiría en latifundista, en señor terrateniente. No la podría cultivar en toda su extensión. Y no cultivándola, quitaría el alimento a mucha gente, como lo hacen los **gamonales** de la sierra, quienes, ociosos y sensuales, dejan que en la mayor parte de sus **feudos** vivan la hierba y el descuido, en tanto que, dentro o fuera de sus haciendas, infinidad de muertos de hambre no tienen un palmo de tierra donde plantar una papa o un maíz. . El **latifundismo** —acentuó bien al hablar Segundo— es el peor de los males del Perú. Gusta de esclavos —**pongos** y **yanacunas**— y no de hombres libres. Y el país necesita hombres emancipados, pequeños propietarios o comuneros que hagan fructificar la tierra.

Las gentes, que estaban sin moverse, escuchaban en silencio, como si de pronto hubieran perdido el habla.

—Antes de que viniera a nuestra tierra el español —continuó— no habían haciendas sino comunidades. Todos tenían tierras de labranza. El **latifundismo** lo impuso el conquistador El Perú, más tarde, se libró del amo español mediante la Independencia, pero hasta hoy mantiene el **régimen** latifundista de la tierra. La Reforma Agraria, sin embargo, le quitará al peruano el yugo; la Reforma Agraria —que significa tierras, herramientas y otros auxilios para el campesino— no tardará mucho en llegar hasta aquí. Esto que estamos hoy haciendo, amigos, —ganar la tierra inútil con nuestras propias manos— es una forma de la Reforma Agraria, pues.

—¡Vayan por cerveza! —exclamó, arrebatado por el entusiasmo, don Saúl Chaihuaque—

—¡Está bien, celebraremos con alcohol la gloria de nuestra empresa! —agregó Segundo—. Pero, antes, déjenme decirles que cuando ustedes lleguen a cosechar arroz en estos campos —¡con los años, cosecharán arroz aquí!—, la Reforma Agraria habrá llegado a todas partes. Entonces nadie padecerá miseria ni ignorancia. El Estado ofrecerá a los campesinos semillas y dinero, conocimientos técnicos y educación, fertilizantes y remedios...

En esto arribaron los hombres que habían ido al caserío por cerveza, y no sólo volvieron con cajas de este licor sino con una buena cantidad de botellas de chicha y aguardiente...

¡Y el pueblo bebió licor, se emborrachó— sin odios ni prejuicios regionales— en la tierra que estaba a punto de ser fecundada por la potencia colectiva!

◆ ◆ ◆

Y vino el tiempo de la siembra.

¡Dichosos los ojos que vieron germinar las semillas de frijol y maíz en los mismos surcos abiertos por los **yungas!** Porque en el erial, de trecho en trecho, los surcos trazados a curva de nivel y a modo de greca, mucho antes de la llegada del español, estaban íntegros. ¡Estaban en espera de la simiente!

De frijol y maíz, de pallar y lenteja, cubrieron la tierra recién ganada los farfaneños. La "Asociación de Comuneros" de Farfán, nacida a sugestiones de Segundo, eligió tesorero a Melchor Condeso y presidente a don Ambrosio Zipirán, por el término de un año. De inmediato, la "Asociación" reunió los fondos necesarios para adquirir semillas y aperos de labranza.

De ahí a poco espacio, las plantas nacieron en la tierra.

Y crecieron como al vuelo.

Se desarrollaron tanto que volvieron verde el arenal.

Y a vida, a juventud, olió la tierra.

Y la arena y los vientos del desierto como que lamentaron su derrota.

¡Porque los vientos y la arena son impotentes ante el árbol y la acequia, ante el débil vegetal y el surco débil!

◆ ◆ ◆

El primero en recoger los frutos de la tierra fue Segundo.

Al cabo de tres meses, cosechó sandías a granel. Sandías esféricas, verdosas, de pulpa carmesí.

Y el joven habló consigo mismo:

—¡Le mandaré una caja a Esther!

Y viajó a Puerto Chimo con el objeto de enviar, por una Agencia de Transportes, la encomienda.

◆ ◆ ◆

Y Julio, el mes de las cosechas, llegó como un viandante.

Y "La Asociación de Comuneros" se puso a recolectar los granos de la siembra. Recolectó miles de arrobas y cientos de quintales de grano bueno.

Y Melchor, el tesorero, y don Ambrosio, el presidente, distribuyeron, con justicia natural, una parte de la cosecha entre los asociados, y vendieron la otra en Pueblo Lloco y Puerto Chimo.

◆ ◆ ◆

Acababan los animales de monte de entrar, cierto día, a los rastrojos de las tierras del Oriente, cuando los comuneros farfaneños dijeron a Segundo:

—¡Así es que nos dejas esta tarde!

—¡Sí! —contestó él—. Parto esta misma noche a Lima. Viajaré enseguida al extranjero. Volveré algún día, sin embargo. ¡Volveré a enseñarles lo que aprenda!

—Es nuestra voluntá —levantó la voz el pueblo congregado— quiaceptes un poco de la plata de los granos; siacaso te niegas a aceptarla, tu corazón no nos aprecia.

—¡No, ya tengo el dinero para el viaje! —argumentó Segundo—. Mis hermanos me lo dieron.

—¡Tú no mandas sino la mayoría! —le advirtió don Ambrosio Zipirán—. ¡La voluntá del pueblo se respeta!

Y, sin más ni más, el viejo presidente de la "Asociación de Comuneros", con manos temblorosas y arrugadas, introdujo un fajo de billetes monetarios en la cartera de mano del viajero.

—Escribirás dejuro —masculló Emeterio Niño—.

—¡Tiacordarás, no nos olvides! —gritó Yalanca—.

—¡Todos rogaremos a Dios que no te vaya mal! —clamaron todos—.

—¡Comunero, vuelve a tu comunidá! —gritó la marimacha Pimentel—.

Y el pueblo sencillo de Farfán, con lágrimas ardientes en los ojos, acompañó a Segundo Crespo hasta la estación de Chimocapa, donde le abrazó como a un hijo, y sacudió violentamente sus pañuelos en el momento triste de la partida.

◆ ◆ ◆

INDICE

EDICIONES POPULARES ULTRA

1ª Serie

NAZIM HIKMET

Poesía (Selección)

CIRO ALEGRIA

Duelo de caballeros

MARIO FLORIAN

Los mitimaes

FRANCISCO IZQUIERDO RIOS

Muyuna